

Ana M^a de la Torre Bermúdez
Pilar Azcárate Gómez
Carmen Marina Rodríguez Santana
Maria Victoria Peña Salinas
Belinda Rodríguez Arrocha
Rosario Acosta Nieva
Nuria Calvo Flores

IX Certamen
de
Relatos Breves
“MUJERES”

2 0 0 9

Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

IX Certamen de Relatos Breves
«MUJERES»

Edición

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife
Consejo Municipal de la Mujer

Alcalde Presidente

Miguel Zerolo Aguilar

Vicepresidenta del Consejo Municipal de la Mujer

Ángela Mena Muñoz

© de esta edición 2009

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de los textos

Las Autoras

Maquetación e Impresión

Imprenta AFRA, S.L.

Depósito Legal

TF-172/2010

ANA M^a DE LA TORRE BERMÚDEZ
PILAR AZCÁRATE GÓMEZ
CARMEN MARINA RODRÍGUEZ SANTANA
MARIA VICTORIA PEÑA SALINAS
BELINDA RODRÍGUEZ ARROCHA
ROSARIO ACOSTA NIEVA
NURIA CALVO FLORES

IX Certamen de Relatos Breves
« M U J E R E S »

Santa Cruz de Tenerife. 2009

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	9
Ángela Mena Muñoz	
<i>Cuando las ranas críen pelo</i>	11
Ana M ^a de la Torre Bermúdez	
<i>La goma de borrar</i>	23
Pilar Azcárate Gómez	
<i>El templo del Maná</i>	31
Carmen Marina Rodríguez Santana	
<i>Escala de grises</i>	47
M ^a Victoria Peña Salinas	
<i>Diario de Nannerl</i>	61
Belinda Rodríguez Arrocha	
<i>Un listón para su pelo</i>	77
Rosario Acosta Nieva	
<i>Secretos que duelen</i>	91
Nuria Calvo Flores	
<i>Acta del fallo del jurado</i>	101

*U*n año más manifestamos nuestro orgullo al celebrar una nueva edición del Certamen de Relatos Breves “Mujeres”. La consolidación de este encuentro literario, en su noveno año, supone un paso más en el camino hacia una sociedad igualitaria. Igualmente, hemos querido mantener la modalidad para niñas de 12 a 15 años, verdadero indicador de los niveles de concienciación, entre las generaciones más jóvenes, sobre las diferentes situaciones de discriminación que sufren las mujeres.

Este año, tal vez mejor que nunca, percibimos un gran paso en el cambio de mentalidad hacia una sociedad que rechaza las discriminaciones por razón de género. El compromiso desde la concejalía de Mujer, callado pero continuo, no ha concluido, es más, aunque en ciertas etapas del año se hacen más visibles, lo cierto es que a lo largo del año se ponen en marcha diferentes acciones para concienciar a la población y que ponen el acento en la sensibilización ante la igualdad entre hombres y mujeres.

El certamen de relatos es una oportunidad como potenciador de espacios creativos para las mujeres, donde puedan expresar y visibilizar su visión de las desiguales

relaciones entre ambos sexos. Con esta puesta en común aumentamos el alcance de la concienciación que, poco a poco, está absorbiendo la sociedad en su conjunto.

Los relatos participantes llegan de todas partes del mundo y nos enorgullece el hecho de que estos cambios generacionales se perciban en los distintos orígenes de las autoras de los 73 relatos presentados este año.

Este certamen de relatos breves es una semilla más en la necesaria revolución social de quienes depositamos nuestro particular grano de arena para edificar la sociedad que tanto ansiamos.

Queda mucho por avanzar en la solución de la conciliación de vida laboral y familiar, la violencia machista, la vulnerabilidad de las mujeres inmigrantes ante la violencia de género, las desigualdades en oportunidades, contratación y salarios, entre otras muchas cuestiones, pero formar, educar y concienciar a las nuevas generaciones cuanto antes es la base para un futuro enmarcado en la igualdad y el respeto entre hombres y mujeres. Seamos optimistas, la realidad es que estamos dando pasos hacia adelante.

ÁNGELA MENA MUÑOZ
Vicepresidenta del Consejo
Municipal de la Mujer

ANA M^a DE LA TORRE BERMÚDEZ

CUANDO LAS RANAS CRÍEN PELO

Modalidad 12 a 15 años
Primer Premio

Ana María de la Torre Bermúdez, nació en Valdepeñas (Ciudad Real) en el año 1995.

Cursa actualmente 3º de la E.S.O. en el I.E.S. “Francisco Nieva” de Valdepeñas.

Sus principales aficiones son la lectura y la escritura. También le gusta jugar al ajedrez, y escuchar música.

Sus libros favoritos son Memorias de Idhún (Laura Gallego), Las Crónicas de la Torre (Laura Gallego), Niyura y la Corona de los Elfos (Jenny-Mai Nuyen), Corazón de tinta (Cornelia Funke), El Señor de los Ladrones (Cornelia Funke), Leyendas de Camelot (Wolfgang y Heike Hohlbein), El Ejercito Negro (Santiago García-Clairac)...

Ha participado en distintos certámenes de cuentos y relatos cortos, obteniendo premios en el I.E.S. Francisco Nieva de Valdepeñas, I.E.S. Juan de Ávila de Ciudad Real y Consejería de Educación de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Los chicos jugaban en el patio. Chutaban un balón de cuero, ya un poco desgastado, y de vez en cuando paraban para comentar el grandioso gol que Edmond, el hijo del duque, había marcado. Todos sabían perfectamente que el portero se había echado a un lado para dejar pasar la pelota por la portería, pero Edmond nunca parecía darse cuenta. Asentía complacido a todos los elogios y sonreía con arrogancia, alzando el mentón.

Eloïse, desde la ventana del palacio, los observaba. Ojalá a ella le permitiesen llevar pantalones. Entonces bajaría y les demostraría que sabía jugar mil veces mejor que ellos. Miró de reojo el montón de ropa que la esperaba sobre la cama de la habitación, como si no tuviese nada que ver con ella. Suspiró con resignación y lo recogió. Salió de la alcoba y a paso de procesión caminó por el elegante pasillo, contemplando los jarrones y estatuas de tanta riqueza que de no ser porque los tenía que limpiar, nunca habría tenido oportunidad de tocar. Al salir al jardín y dejar la ropa sobre la pila, vio a Damien, el encargado de organizar los festejos en el palacio, sentado muy decididamente frente a un tablero de ajedrez. Tenía un libro abierto sobre el regazo, que revisaba de vez en cuando. Su mano, nerviosa, jugueteaba con una

copa de vino. Eloïse dudó un momento y acabó por acercarse a él, exhibiendo su sonrisa más servicial.

-Don Damien, ¿le puedo ayudar en algo? Se le ve muy tenso...

-Sigue con lo tuyo. No me puedes ayudar –sin necesidad de pedirle que se aclarase le espetó rudamente-. Eres una criada y jamás podrías encontrar aquí el jaque mate. Yo llevo dándole a la cabeza una hora entera y no lo he conseguido –hizo una pausa y se bebió de un trago lo que le quedaba de vino-. Creo que iré a buscar a Hubert, seguro que me puede echar una mano.

-Él también es un criado –replicó ella-.

-Ya, pero él es un hombre y tú una chica –resolvió y se marchó en busca del criado-.

Eloïse lo observó irse, malhumorada. Miró con indiferencia el tablero, levantó la dama y echando a un lado el caballo que había junto al rey, proclamó el jaque mate.

Suspiró, se armó con una gruesa pastilla de jabón y abrió el grifo de la pila. Tan concentrada estaba en restregar las manchas de una camisa que casi no se dio cuenta de que Edmond hacía su aparición estelar en el jardín, seguido de cerca por un sirviente. El chico lo despachó de manera poco grata, cosa que el criado soportó haciendo una mueca de burla cuando se dio la vuelta. Eloïse observó de reojo cómo se pavoneaba deshaciendo los pétalos de las rosas con los dedos, retocándose el pelo, mirándose en el reflejo de la fuente y descolocando las piezas del tablero de ajedrez que con tanto empeño había estudiado Damien. Al cabo de un rato, como por casualidad, se apoyó en la pila, a su lado, observando como trabajaba. Sí, que se diese cuenta de lo costosas que salían las manchas con la que se pringaba la ropa cada día.

-Tú –le llamó la atención. No sabía su nombre y seguramente el de ninguna chica más del palacio, aparte de el de su madre–, atiende, que te tengo que preguntar algo.

Ella, disimulando su sorpresa para no complacerle, lo miró con ojos interrogantes.

-Ya sé que las mujeres no sabéis leer y esas cosas pero...

-Sé leer. Seguro que incluso mejor que tú –dijo sin respeto alguno–.

-Bueno, lo que pasa es que va a haber un certamen literario para mañana en la que podemos participar todos los habitantes del palacio.

-¿También yo?

-No, sólo es para hombres.

-¿Entonces a que vienes? ¿A molestarte?

-Tranquila, tranquila –hizo un gesto de calma con la mano–. Sólo quisiera saber si me ayudarías. Tengo ganas de escribir sobre una chica y tú me podrías explicar como os comportáis. Como sois tan diferentes...

-¿Sabes en qué nos diferenciamos? –preguntó Eloïse, sin apartar los ojos de su tarea. Al no obtener respuesta arqueó las cejas y dijo–. En que somos mucho mejores que vosotros.

Edmond cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra, fastidiado.

-¿Me vas a ayudar entonces?

-¿Tú que crees?

-¿Que sí?

-Que no.

El hijo del conde suspiró pesadamente y se marchó refunfuñando entre dientes. Eloïse observó de reojo cómo se

iba y pensó que el día que se chivase a su padre de sus violentas conversaciones, lo tendría crudo.

Damien no había vuelto cuando terminó de lavar toda la ropa. Notó que se había llevado la copa de vino y adivinó dónde estaría malgastando el tiempo con Hubert. Subiendo por la escalinata que llevaba a las habitaciones, escuchó sus voces salir de la bodega. Sonriendo a su pesar, vio a Edmond de espaldas a ella, sentado sobre la alfombra. Tenía un cuaderno sobre las rodillas y escribía en él con una pluma que mojaba de vez en cuando en un tintero, junto a su tobillo. Sigilosamente, se le acercó y leyó por encima de su hombro. Su caligrafía era meticulosa y caprichosa, como su misma personalidad, pero Edmond tenía tanto talento para narrar como un niño de parvulitos.

-Me da a mí que con eso no ganarás ni en sueños –opinó, sacudiendo la cabeza con desaprobación–.

El chico se volvió sobresaltado. Al verla, frunció el ceño y se encogió de hombros.

-¿Tú que sabes?

-¿Que qué sé? Que nada más leer eso los jueces lo van a tirar a la basura.

Edmond revisó su relato y le lanzó una sonrisa maliciosa.

-¿Te consideras buena escritora?

-Mejor que tú, por lo menos.

Él le tendió el cuaderno.

-Pues escribe. Yo entregaré el cuento en tu lugar. A ver si las mujeres sois tan buenas escribiendo como los hombres –dicho esto, se levantó y con las manos en los bolsillos se marchó, creyendo que dejaba un halo de misterio cuando no era más que de incredulidad–.

Eloïse observó el cuaderno, la pluma y el tintero con una interrogación sobre la cabeza. Pasó de largo, entró en una habitación y colocó la ropa en el armario. Al volver al pasillo, los tres objetos seguía sobre el suelo, como esperándola. La chica se rindió, los recogió y se los llevó a su pequeño dormitorio donde apenas cabía ella.

Escribió a la noche, después de lavar los platos y en-gullir el plato de guiso que le tocaba. Al sentarse frente a la caja de madera que tenía por escritorio, observó largo rato el título que Edmond había dispuesto para su obra: “Cuando las ranas críen pelo (o sea, nunca)”. Tachó la aclaración entre paréntesis porque era claramente innecesaria y todo lo que estaba escrito a partir de ello. Decidió basarse en la idea de Edmond y escribió sobre una chica. Ella vivía en un enorme palacio donde casi todos los habitantes eran mujeres. Dos veces a la semana los hombres las visitaban y juntos tomaban té con pastas. La chica llevaba pantalones y por eso podía jugar al fútbol y demostrarles que lo hacía mil veces mejor que ellos. También tenía un tablero de ajedrez para ella sola y los retaba a jugar, declarándose siempre como la ganadora. En el palacio, los hombres ayudaban en las más sucias tareas de la casa y cuando tocaba atender a los niños, las mujeres les enseñaban a tratarlos porque son las mejores madres que puede haber. Los hombres respetaban a las mujeres y las mujeres respetaban a los hombres y se consideraban todos en igualdad de posibilidades. Pero un día la chica se dio cuenta de que el palacio no era real, que un lugar tan espectacular sólo podría existir cuando las ranas criasen pelo.

Eloïse detuvo la pluma un instante antes de dibujar la palabra “fin”. Releyó su relato, corrigió algunos fallos y lo pasó a limpio. Pensó que tal vez se había decidido por un

final muy triste, pero acabó por dejarlo así y se acostó. Antes de rendirse al sueño se imaginó caminando por el palacio de su historia, tan justo y perfecto. El portón que resultase ser la entrada sería una enorme pieza de oro con ángeles esculpidos. Tal vez algún día encontrase la llave.

A la mañana siguiente, Edmond llamó a su puerta antes de que empezase la jornada. Eloïse acudió a abrirle entre bostezos y transcurrió un buen rato hasta que se despejó, lo reconoció y entendió lo que le pedía. Dándole el relato junto a las herramientas que le había prestado, atendió sin ganas a sus fanfarronerías.

-Verás qué calurosos serán los aplausos cuando suba al escenario a recoger el premio –sonrió burlón–. Porque este relato ganará, ¿no? Me dijiste que con esto demostrarías que eres mejor escritora que yo.

-Y que todos los hombres del palacio.

-En efecto. Eres un encanto, Eloïse.

Dicho esto apretó el relato contra su pecho y raudo y veloz se fue a entregarlo. Ella observó cómo se marchaba con su obra, orgulloso de algo que no había escrito él. Se imaginó su nombre puesto donde debería estar el suyo y la embargó una aplastante tristeza. Su cuento debía ganar por cualquier medio. Debía demostrar, aunque su mérito no fuese reconocido, que era mejor que todos los hombres juntos.

Por la noche era la entrega de premios. Eloïse hizo sus tareas rápidamente para colarse en el salón de festejos y sentarse en una butaca, en una de las últimas filas. Apenas había mujeres y se sintió sola. Debería haberle pedido a Catherine, otra criada que suponía su única y mejor amistad, que la acompañase. Desde allí atisbó a Edmond sentado en la pri-

mera fila, junto a su padre, rodeados de la más alta burguesía. Eloïse, aunque lo negaba, sentía envidia de él.

Un cuarto de hora más tarde, Damien subió al escenario y pidió a los participantes del concurso literario que acudiesen a recoger su trabajo. Edmond fue el primero en llegar y coger su relato. Desde allí la miró irónicamente y Eloïse sintió cómo se ponía colorada de la rabia. Cuando todos los partícipes bajaron del escenario, el señor Florit, un escritor que había venido expresamente desde Marsella para decidir el ganador del concurso, les ofreció un breve pero aburrido discurso. Damien carraspeó cuando hubo terminado y le otorgó un sobre. El señor Florit asintió cansadamente y se dirigió a su público.

-He de decir que el relato que he declarado como ganador me ha parecido muy extravagante...

Eloïse no prestaba atención por miedo a que su historia no fuese la premiada. En vez de eso observaba a Edmond, que leía ensimismadamente el cuento que había escrito ella. Seguramente no se había dignado a mirarlo antes de entregarlo. Su gesto estaba sombrío y la chica acertó a ver en sus ojos un atisbo de duda. ¿Qué le pasaba? Entonces se dio cuenta de que la sala entera había estallado en aplausos. La última frase del señor Florit llegó a sus oídos como pronunciada en otro idioma.

-¡Y he de anunciarles que el ganador de este certamen es Edmond Mercier con su relato: “Cuando las ranas críen pelo”!

Eloïse reprimió el impulso de levantarse y subir al escenario. En vez de eso, se resignó a observar cómo Edmond era el que recogía el sobre con el premio y era estrechado efusivamente por el señor Florit. El chico se mostraba taciturno y evasivo. El célebre escritor lo notó.

-¿Qué le pasa? ¡Es el ganador, alegre esa cara!

Edmond exhibió su sonrisa más irónica.

-Yo no soy el ganador –aclaró y se rió en su cara–. ¡Que engañados estáis todos! ¿Cómo iba yo a escribir algo tan bueno? La verdadera escritora está ahí sentada –dijo señalando al público–.

Eloïse se aterró cuando todas las personas allí presentes volvieron la cabeza a una misma vez para mirarla. En un momento se había hecho el silencio. El señor Florit pestañeó varias veces, sin saber que decir. Finalmente le hizo un gesto para que subiese. Ella se levantó y subió torpemente al escenario, aunque nadie hizo amago de reírse. Edmond le ofreció el sobre y la chica lo cogió tímidamente.

-Sabes, acabo de leer esto y he pensado que no merezco el premio –sonrió frívolamente y dijo con tono burlón–. Dijiste que nos ibas a ganar a todos los hombres y lo has hecho.

El salón entero quedó callado. El señor Florit le rodeó los hombros con un brazo.

-Bueno, pues esta es la verdadera ganadora del concurso. ¡Un aplauso para ella, por favor!

Eloïse se echó a llorar ahí mismo porque lo había conseguido. La vitoreaban. La habían reconocido.

Días después...

Eloïse restregaba la ropa en la pila del jardín cuando Edmond llegó corriendo. Traía los pantalones llenos de barro y ella los miró con disgusto.

-¡Eloïse! ¿Te acuerdas del palacio de tu historia, no? En él las mujeres eran reconocidas como a ti te reconocieron el otro día. Pero justo al final del cuento dijiste que aquel

palacio sólo existiría cuando las ranas criasen pelo. ¿Y a que no sabes qué?

Ella se apoyó cansadamente en la pila y lo miró con ojos interrogantes.

-¿Qué, Edmond? Vamos, suéltalo ya.

-Estaba jugando con mis ranas, las que hay en el estanque de detrás del palacio...

-¡Ajá! Con que es por eso por lo que me tienes aquí restregándote la ropa...

-¡Calla y déjame acabar! Pues resulta que sin querer he roto uno de los huevos que había puesto una de las ranas hace dos días...-por una vez, su sonrisa delataba una alegría lejos de la fanfarronería de siempre-. Mira lo que había dentro.

Eloïse cogió el huevo roto que Edmond le ofrecía. Con cuidado de no pringarse, miró dentro del cascarón.

-Te juro que no lo he puesto yo -aclaró el chico, afligido-.

Ella sintió cómo el corazón le daba un vuelco. En el interior del pequeño huevo había un matujo de pelo.

PILAR AZCÁRATE GÓMEZ

LA GOMA DE BORRAR

Modalidad 12 a 15 años
Segundo Premio

Pilar Azcárate Gómez, nació en Madrid en 1994, noche de Viernes Santo, y, por lo tanto, una noche de luna llena. Quién sabe si eso ha influido en su afición por escribir.

Sigue viviendo en Madrid con sus padres y sus dos hermanos. Estudia 4º ESO en el colegio Fray Luis de León.

Entre sus aficiones están la lectura, viajar y salir con sus amigas, jugar al voleibol. Disfruta jugando con su hermano Jaime, de seis años. No sabe lo que le gustaría ser de mayor, pero es muy probable que siga escribiendo cuentos como hobby. Este premio es el segundo reconocimiento que recibe, después de haber ganado, también en 2009, el concurso de narraciones escolares de la RSME- Editorial Anaya.

Un nuevo día se abría ante mí. Mis ojos parpadeaban con la luz del sol y una voz, fuerte y sonora, retumbó en mis oídos diciendo:

- ¡Vamos, levántate ya!

Era mi hermana Lucía. Ella siempre madruga y aunque sea domingo me despierta con mucho ánimo sin darse cuenta de que mi cuerpo está cansado y necesita más horas de sueño. Me habría gustado seguir durmiendo, pero después de ese grito no tuve más remedio que incorporarme y salir de la cama.

¿Qué podía hacer tan temprano? Lo primero que pensé fue en realizar la tarea, para luego salir a la calle y aclarar mis ideas. Bajé a la cocina tambaleándome por las escaleras. Allí mi madre guisaba para la comida y mi padre leía el periódico mientras discutía nuevamente con ella. Le decía que estaba harto de comer lo mismo todos los días, y mi madre le contestaba que no tenía tiempo para florituras. Siempre entablaban unas conversaciones poco amistosas y sus voces resonaban en mi cabeza produciéndome, a menudo, jaqueca. Tras desayunar subí a mi cuarto y me dispuse a hacer los deberes. Pronto me equivoqué y empecé a buscar la goma de borrar, pero no la encontré. Le pregunté a mi hermana si tenía alguna y me dijo que no. Lo mismo respondieron mis otros hermanos. Sentí una sensación de vaguería y cansancio

a la vez: tenía que ir al quiosco a comprar una. La pereza invadía mi cuerpo, pero tenía que conseguir una goma, así que salí a la calle y le dije a tendero:

-Quería una goma, por favor.

-¿Una normal o especial?

Al principio no entendí bien la pregunta, pero luego pensé que fuera cual fuera la diferencia, la especial tendría mejores cualidades. Así se lo dije. Me extendió un objeto cuadrado y alargué mi mano para cogerlo. Me pareció una goma de lo más corriente ya que nunca pensé que pudiera hacer cosas tan fantásticas como las que me ayudó a conseguir. Os seguiré contando esta historia.

Por casualidad se me cayó la goma sobre el periódico que en ese momento leía. Fue a parar ante una noticia donde se explicaba que una mujer inmigrante había muerto. Su marido le había descerrajado cuatro tiros y después se había suicidado. Con asombro pude ver cómo se iba borrando la noticia y en su lugar aparecía otra en la que unos expertos discutían sobre las causas de la sorprendente disminución en el número de mujeres que habían muerto ese año por violencia de género.

Mis ojos se iluminaron y todo mi cuerpo se estremeció ante semejante milagro. Por mi mente discurrieron muchas ideas: ¿qué significaría aquello?; ¿sería una goma mágica? No sabía muy bien a qué conclusión apuntarme. Mis pensamientos iban de una teoría a otra, como en un columpio, y la imposibilidad de despejar una duda como esa me atormentaba. Tenía la sensación de que debía hacer algo con aquella goma, pero no sabía el qué.

Pronto volví a oír a mis padres discutir con mi hermana porque ésta no quería ayudarles a poner la mesa. Mien-

tras, un piso más arriba, mis hermanos gemelos se peleaban y destrozaban todo el cuarto. ¿Por qué no les pedía a ellos que le ayudaran en las tareas de la casa? Mi familia me desesperaba. Siempre me hacía hacer el ridículo delante de mis compañeros. Unas veces, obligándome a vestirme de color de rosa, que yo odiaba tanto, seguramente porque mi madre insistía en que era el color de las niñas; otras veces diciendo a todos que deberían haberme llevado a un colegio sólo para chicas, para tenerme alejada de los brutos de mis amigos.

Regresé a mi habitación. Pronto sería la hora de comer, pero, hasta que llegara ese momento, deseaba pensar sobre la goma. Quizás fuera alguna pista, algo que me moviera a hacer alguna cosa. También podría ser un simple objeto y, lo del periódico, una imaginación mía. Sentí cada vez más el ambiente borroso. Todo era confuso y al final acabé desmayándome.

Cuando desperté, toda mi familia me miraba. Estaba en el hospital donde debería guardar reposo unos días más. Lo primero que hice fue tocar en mi bolsillo para ver si la goma seguía allí. Sí, ahí seguía. Me empecé a tranquilizar. Recordé algo que había soñado cuando estaba inconsciente. Era un sueño muy raro. Sentía que una parte de mí me impulsaba a hacer algo, pero la otra lo impedía. Me pareció una especie de signo para averiguar en qué debería usar la goma. En ese momento oí unos gritos muy fuertes. Mi familia se volvía a pelear. De repente se me ocurrió una idea. Si la goma había cambiado (o así me lo había parecido) una noticia mala por una buena, ¿sería capaz de modificar todas las cosas incorrectas del mundo por las que estaban bien hechas? Me hubiera encantado probarlo entonces, peor me encontraba un poco débil. Debería comprobar si funcionaba cuando saliera del

hospital. Soñé con poder transformar a mi familia. Convertir mi casa en un lugar de paz, armonía y felicidad. Hacer que todos se comportaran como iguales, el padre como la madre, la madre como el padre, todos los hermanos sin diferencias. Desperté y me encontraba entre mis sábanas, en mi habitación, en mi hogar... Salté de la cama y corrí escaleras abajo. Mi madre discutía con mi padre y decidí coger la goma. La agité en el aire, mirando hacia ellos, como si se tratase de borrar algo invisible y, en ese mismo momento, se empezaron a pedir perdón el uno al otro. ¡Así que era verdad! ¡Aquella goma era especial! ¡Era un milagro!

Cuando mis padres me vieron empezaron a preguntar cómo me encontraba, si necesitaba algo... Les dije que no y me fui a la habitación de mis hermanos. También apliqué la goma sobre ellos y dejaron de pelearse para empezar a jugar tranquilamente. Por la noche, mientras mi madre veía la televisión, vi que mi padre desplegó la tabla de planchar y se ocupaba de los pantalones, las camisas y las blusas de toda la familia. ¡El mundo al revés! –pensé–. Luego me reprimí por pensar que aquello era el mundo al revés.

Utilicé la goma para muchas cosas y se me gastó. Fui a comprar otra a la tienda una y otra vez y así seguí varios meses, viendo cómo el mundo se veía más igual. Y comprobando que, a la vez, el mundo era más feliz.

Pero cuando al cabo de dos años volví a la tienda a comprar otra, me dijeron que no quedaban y que ya no iban a fabricar más. Rompí a llorar. Las lágrimas inundaron mi cara en pocos segundos. Regresé a mi casa. No podía contener aquellas pequeñas gotas de agua, así que toda mi familia me vio llorando. Se preocuparon mucho, pues estaba muy triste y deprimida. Me preguntaron cuál era mi problema

y ante mi desesperación y ganas de desahogarme les conté todo:

-Siempre me he preocupado por nuestros problemas familiares. Como os peleáis muy a menudo me sentía muy desconsolada y, un día, en el quiosco me vendieron una goma que borraba las cosas invisibles como el amor, el odio, el miedo... Con eso he conseguido que nuestra familia se mantuviera unida durante varios años, pero ya se han acabado y no van a fabricar más. Por eso estoy así.

A mi familia le conmovió lo que acababa de decir y, cuando estuvieron todos sentados alrededor de la mesa mi padre comenzó a decir:

-Creo que hemos recibido una lección.

-Vamos a estar siempre unidos como un gran equipo de fútbol –añadió mi madre–.

-Nos apoyaremos unos a otros como los “castells”; esas torres humanas impresionantes que se construyen en Cataluña, y seremos más felices –terminó diciendo Lucía–.

Y así desde entonces desaparecieron las peleas y las discusiones dando paso al amor y la tranquilidad.

CARMEN MARINA RODRÍGUEZ SANTANA

EL TEMPLO DEL MANÁ

Modalidad mayores de 16 años
Primer Premio

Carmen Marina Rodríguez Santana, nació en Santa Cruz de Tenerife en 1960.

Diplomada en Magisterio, casada y madre de cuatro hijos, es ama de casa por elección, profesora de clases particulares por vocación y escribe por evasión. Ha escrito varios relatos breves y novelas cortas, todos ellos sin publicar. Con el relato breve “Los garbanzos hay que ponerlos en remojo” obtuvo el tercer accésit de publicación en el VIII Certamen de Relatos Breves Mujeres, convocado por el Consejo Municipal de la Mujer de Santa Cruz de Tenerife en 2008.

Y la casa de Israel lo llamó Maná;
y era como manjar de simiente de
culantro, blanco, y su sabor como
de hojuelas con miel.

Éxodo, 16

Reencuentras tu imagen en el espejo y observas en tu cara un nuevo pliegue que no recuerdas que estuviera allí ayer. Sin embargo, la expresión es la de siempre y mismas son las ojeras adquiridas a golpe de cumpleaños. Desbloqueas la palanca de la llave del lavabo y refrescas tu rostro con el agua limpia y fresca que abundantemente mana por ella. Te secas con una toalla curtida y rasposa que después intercambias por una antónima crema hidratante para pieles maduras que adquiriste en no sabes qué lugar de qué tiempo. Peinas tus cabellos albos trazando la misma línea lateral izquierda que aparece incluso sin ser llamada y ya eres feliz. No sabes el porqué pero lo eres. Tampoco importa. Descalza abandonas la habitación y por los pasillos te cruzas con enfermeras que articulan tu nombre. Te preguntas quiénes son y de qué te conocen, pero pronto evades el tema porque le concedes la misma importancia que un niño a su vejez. Te encaras con la puerta principal del Centro y te adentras en el exterior reparando en un jardín muy bien cuidado. Los setos han sido recortados rayando el perfeccionismo y las copas de los ficus son enormes globos en flotación estática. Nunca antes los habías visto. El día es luminoso y agradeces su tibieza sobre tu chocolateada piel por contraste con la gelidez del interior del sanatorio. Continúas y descubres cada una de

las flores que para ti nacen a diario y echas de menos las que no están aunque nunca estuvieron. El delicioso aroma que desprenden te embriaga y buscas asiento cercano, temerosa de que la fragancia escape y después no sepas por donde buscarla. La disfrutas y te aletargas.

Un día más, el harmattán soplabla cubriendo el cielo con su niebla seca que impedía incluso la visión de la cercana Agadez. Seguramente era él el que traía consigo la causa del fuerte dolor en el vientre de Nburu cuya silueta a la luz del candil sobre las paredes de adobe semejaba al volcán del Aïr. La joven apenas había podido descansar en toda la noche, retorciéndose de dolor como culebra del Ténéré. Incluso el esposo de su hermana, quien había venido a visitar su lecho en medio de la oscuridad, declinó su intento ante sus lamentos. Aún reinaba la madrugada cuando Nburu se dispuso a su primera labor del día: la molienda del mijo. Se agachó para asir una de las vasijas de barro y, en ese mismo momento, un espasmo en su vientre le impidió incorporarse pero, tras él, llegó otro más intenso que sacudió su zona lumbar y corrió como caravana de iracundas hormigas rojas hasta los dedos de sus pies. Cuando el espasmo parecía haberse tomado un descanso, ella aprovechó para dirigirse al pozo común del poblado y acarrear el agua necesaria para la molienda y el resto de las necesidades del día, pero la distancia había aumentado en kilómetros y las piernas que a diario sorteaban ágiles las cuencas de sal y las dunas del desierto no tenían ese día el vigor suficiente para recorrer apenas unos metros sobre suelo llano y firme.

El harmattán le traía malos augurios: en su época había desaparecido su madre, también uno de sus sobrinos, y cada año los rebaños de la tribu se reducían a la mitad. Qui-

zás los espíritus la estarían avisando de que llegaba su hora para convertirse en una de las estrellas que brillaba en el cielo y poder observarlo todo desde allí arriba. Y era que a ella aún no le habían sido pintados los labios en condición de prometida con lo cual seguía teniendo los privilegios de las niñas difuntas y uno de ellos, el principal, era el de pasar a formar parte del celeste tapiz. La idea de una muerte imaginada la hacía sonreír porque sin duda resultaría una vida de privilegio frente a la obtenida tras la muerte de sus progenitores en la que se había convertido en esclava de su hermana y el esposo de ésta. Sólo obtenía un atisbo de sosiego las mañanas en las que ellos marchaban al mercado de Agadez a la venta del mijo, el sorgo y los quesos. Como aquel día. Y más valía que a su vuelta del mercado estuvieran las faenas hechas o volverían a hacerle daño con el envejecido y duro cuero trenzado de cabra que guardaban a buen recaudo para tal menester.

Te devuelve a la realidad una enfermera para que acudas a tu consulta diaria con la doctora aunque para ti es tu primera cita. La sigues e imitas sus pasos bajo el ritmo musical que imponen las llaves que cuelgan de su cintura. A todos lados la acompañan. Este complemento de su inmaculado uniforme le da aspecto de enfermera de prisiones o de carcelera de infecciones, según el día que la mires. Una vez en la consulta, la doctora te reprocha tus andares descalzos aunque también te felicita porque tiene noticias de que últimamente no te niegas a tomar el tratamiento. Incluso añade que si continúas y mejoras podrás pronto marcharte a casa. Te alejas de la consulta y en el camino te vas preguntando dónde está tu casa y, en el caso de tenerla, cómo será. Seguramente sea esa choza de paja y adobe que se te repite dormida y despierta y a la que no quieres volver. Ante ti se ha parado la cafetería.

Los aromas a café y pan recién hechos son imanes hacia una butaca vacía a los pies de la barra. Mientras esperas tu desayuno, lees el periódico sin comprensión de texto absorta en una fotografía que muestra el último cayuco con inmigrantes que ha arribado a puerto y quedas hipnotizada, ignorando incluso, durante algunas decenas de sesentavas partes de hora, tu vigorizadora primera comida del día que termina aburriéndose abandonada sobre la barra.

A la vuelta de su viaje al pozo portaba tres recipientes con agua: uno sobre su cabeza y otros dos sobre sus cuadriles, como realizaba por costumbre, pero un dolor más intenso que los anteriores la atravesó de parte a parte como lanza de los Fulani. Soportó impávida el dolor, que fue a escapar por las plantas de sus pies hasta la arena, para no derramar el preciado líquido. A continuación, comenzó a sentir ganas de defecar así que debía apresurarse y llevar el agua hasta la choza para que no se convirtiera en baño de moscas o se cubriera del polvo en suspensión traído por el viento del este. Se apresuró, no sin esfuerzo, y consiguió que la choza llegara hasta ella antes del siguiente cólico. Cuando éste último la hubo abandonado, se dirigió para realizar sus necesidades fisiológicas a donde iba por costumbre: a la gran roca al final de los pozos de sal. Pero el siguiente dolor fue más rápido y fuerte que sus piernas a las cuales dobló y postró en el suelo a mitad de camino como doblaba el cansancio a los camellos a su llegada del desierto. Nburu adoptó la postura de cuclillas porque sentía la imperiosa necesidad de empujar para sacar al exterior todo aquello que con urgencia reclamaba abandonar su cuerpo. Cerró los ojos para concentrar en el acto toda su fuerza y al tercer pujo lanzó un grito que hizo espantar hasta a las gacelas de las llanuras más lejanas. Entonces, escuchó el

llanto de un bebé. Abrió los ojos y la expresión de su rostro mostró la incredulidad propia de su edad inocente ante lo que estaba sucediendo. El bebé seguía dando muestras de su existencia con todo el ímpetu que acompaña a los recién nacidos y la joven sintió pánico. Debía ser rauda en aplacar su llanto para que ninguna de las existencias que moraban en el poblado tuviera conocimiento de lo acontecido. Actuó como había visto en los nacimientos de sus sobrinos: se despojó de una de sus pulseras de cuero y ató fuertemente el cordón umbilical para después cortarlo con precisión con una lasca cercana. Tomó al bebé en sus brazos y lo notó pesado, caliente y pegajoso. Lo colocó a su pecho y la imagen le era tan gratificante que esperaba que el tiempo se estancara para siempre en ese momento mágico. El bebé succionó y fue entonces cuando la placenta salió al exterior como un trozo de hígado ajeno que sufriera rechazo. Nburu temblaba; temblaba por el esfuerzo realizado y temblaba también por temor al certero castigo: la lapidación.

En un tiempo escaso de cuatro lunas atrás, Nburu había sido obligada a observar la matanza de su amiga Nasija a manos de los hombres de la tribu mediante lapidación. Nasija contaba su misma edad, juntas crecieron jugando en su infancia más temprana y al unísono les fue practicada la ablación, hecho que las unió más aún si cabía. En el último harmattán transcurrió que Nasija fue vendida por su padre a un hombre rico por el precio de un rebaño de cabras. Agotadas algunas lunas, como Nasija no engendraba un hijo, su esposo la increpaba y golpeaba a diario mostrando especial acritud sobre su vientre, desde su punto de vista yermo. Una mañana en la que él partió a un viaje para la venta de un rebaño, ella aprovechó la ocasión para huir pero desafortunadamente

fue encontrada a los pocos días en una aldea cercana junto a una familia de mercaderes. Le fue atribuido el falso hecho de haber mantenido relaciones sexuales extramaritales y el tribunal del poblado dictaminó que Nasija debía ser condenada a morir por lapidación. A la mañana siguiente, la vistieron de blanco, que simboliza el color de la muerte, y la forzaron a entrar en un gran socavón excavado en el suelo donde sólo asomaba la cabeza. Le lanzaron piedras a una cierta distancia; ni muy grandes para no matarla enseguida, ni muy pequeñas para que causaran dolor. El blanco dejó de serlo para dejar paso al rojo de la vida que se escapaba poco a poco y dolorosamente a través de las heridas.

Nburu no quería terminar sus días de igual manera. Además, también debía mirar ahora por este bebé que era suyo, más aún, era lo único propio que había tenido nunca y lo protegería de ahora en adelante como la sal protegía a la carne fresca. Debía huir. Por nada permitiría que su destino y el de su recién nacido fuesen el que los demás trazaran para ellos. Debía buscar algo mejor para los dos. Sabía que el viaje sería duro, incluso quizás imposible, pero prefería morir en el intento a lamentarse por no haberlo intentado nunca. Huir hacia donde huía el sol a diario, eso siempre había escuchado a los más ancianos del poblado. Antes de volver a la choza para preparar su viaje, realizó un último ritual que erróneamente profetizaba nunca más sería: bañarse en una de las cuencas de agua salada para sanear sus heridas, realizando por igual con su recién nacido. Durante ese acto, decidió cual sería el nombre de este nuevo ser que había llegado sin que ella lo esperara y que, sin embargo, se había convertido en su razón de sobrevivir. Lo llamaría Iferouane que significaba “Oasis junto a los pozos de sal”. Una vez en la choza, envolvió a su bebé con

un pañuelo al que adjudicó la doble función de pañal y de arnés para protegerlo sobre su regazo, entre sus adolescentes pechos. Después colgó a su cintura un atillo donde previamente había envuelto harina de mijo y carne seca de cabra, además de un zurrón con agua. Por último, cubrió su cuerpo, su cabeza y su cara con ropaje propio del desierto para poder soportar el harmattán y cruzar dunas y llanuras. Salió del poblado sin mirar atrás sabiendo que su existencia era vana para todos cuantos allí moraban. Desde ahora y para siempre comenzaba a ser imprescindible por y para Iferouane. Ideó dirigirse a la ciudad frontera de su mundo conocido: Kidal, que se hallaba hacia donde caminaba el sol, a tres jornadas de viaje a pie por la ruta más cercana. Pero debía evitar el paso más transitado para no cruzarse con rostros conocidos o, peor aún, con los de su hermana y su cuñado a la vuelta del mercado. Así que se introdujo por el terreno de baobabs que junto al polvo en suspensión se habían convertido en aliados para ocultar su viaje. Una vez hubo dejado atrás a los gigantes protectores, anduvo siempre en persecución del astro rey que se dejaba intuir tímidamente tras la atmósfera de arena. Arena sobre su cabeza, arena bajo sus pies, punzantes ráfagas de arena. Arena, arena, arena. El bebé permanecía tranquilo; ajeno a las inclemencias del exterior, dormía la mayor parte del tiempo sobre el regazo de su madre y estando despierto succionaba de los pechos con ímpetu para volver a quedar dormido minutos después. El sosiego de Iferouane era a su vez el desasosiego de Nburu. Sus pechos habían aumentado considerablemente y el calostro alcanzaba una y otra vez sus pezones y rebosaba, haciéndole insoportable el roce con la tela que se humedecía para secarse en minutos y quedaba endurecida y punzante como hoja de palmera. En ocasio-

nes, la succión de Iferouane resultaba dolorosa como decenas de agujijones de escorpión aunque, por otra parte, la madre prefería que su hijo succionara el mayor tiempo posible para vaciar y aliviar sus febriles pechos. Los tres días previstos de jornada se condenaron a cinco debido a la debilidad posparto de Nburu, consecuencia de sus abundantes loquios, que había logrado convertir a sus piernas en pesadas yuntas de bueyes. Llegó hasta el recibidor de Kidal, donde aguardaba en aposento un campamento de tuaregs, con el último paso que poseía en reserva y, tras él, se desplomó.

Cuando sus ojos se abrieron de nuevo, se encontró dentro de una tienda cubierta por pieles y esteras de cestería, y las maderas que la soportaban poseían textos grabados en tiffinagh que llenaban de contenido simbólico la tienda familiar. Ella se halló desnuda sobre un lecho con soportes de madera y patas que lo alzaban del suelo, con una abertura en el centro en la que reposaba una jofaina para recoger los líquidos del puerperio. A su lado, Iferouane felizmente dormido. En la zona oriental de la tienda observó una silla de montar, un escudo, una lanza y una espada; en el lado opuesto, un gabinete y una silla con ropas propias de mujer además de algunos recipientes para la leche y el agua, un mortero para los cereales, platos, cucharas, y sacos con grano y dátiles. Finalmente, observó dos mujeres a la entrada que la velaban. Le trajeron alimento y la incitaron a descansar, sin preocupación por nada.

Y se sucedieron las jornadas, y la integración de Nburu y de su bebé fue total con aquellos nómadas que les habían acogido como a hijos propios de su pueblo. En la lengua tuareg, ella recibió el apelativo de éhe, o sinónimo de mujer, así que se la instruyó en labores de grabado, curtido de pieles,

cestería y economía doméstica. La mujer era normalmente más instruida que los hombres pues ellas debían gobernar los asuntos referentes a la tienda y a la tribu mientras los hombres salían al pastoreo. Incluso ellas recibían y hacían honores a los visitantes, de quienes merecían un trato similar al de su esposo y su prestigio aumentaba si sabía tocar el imzad y recitar poesías, a los que los tuaregs eran muy aficionados. Nburu aprendía rápidamente y no sólo de las lecciones con instrucción. Aprendió también que en otras tierras lejanas no escaseaba el agua ni el alimento, que existía trabajo para hombres y mujeres y que los niños acudían al colegio recibiendo educación. Estas eran las tierras que ella pretendía para ella y para su hijo. De momento, Iferouane satisfacía todas sus necesidades entre sus pechos pero para cuando éstos ya fueran escasez para él, pretendía haber alcanzado tierras europeas.

Una anciana con total desnudez de cuerpo y de alma te anuncia:

-Mi bebé se ha muerto.

Levantas la vista del periódico y de inmediato la pierdes rodeada por cuatro enfermeras que la atrapan con una manta simulando un baile coreográfico. Este acontecimiento te lleva a recapacitar: debes terminar tu relato antes de que ocurra lo irremediable. Antes de que te atrape el tiempo que es la abscisa independiente que no espera por nada ni por nadie y que transcurre su curso egoístamente, debes contar todo lo que recuerdas o lo que crees recordar. A estas alturas ya no discernes lo real de lo ficticio pero esta tormenta de lucidez debes aprovecharla. Te apresuras pero pareces no avanzar por los pasillos que se han puesto de acuerdo para semejar más largos. Por fin, te encaras con la puerta de tu habitación y

un mismo halo te transporta hasta El Sahel. El escritorio se te acerca y allí te aguarda tu libro inacabado. Te sobreexcita pensar que está próximo el final y recuerdas cuánto te ha gustado escribir después de que lo aprendiste. Lees:

—El Templo del Maná—, y lo continúas.

Cuando hubo acabado la época del harmatán, el campamento tuareg se puso en marcha hacia Tombuctú, en busca del Níger y del comercio caravanero, a donde llegaron cuando el bebé contaba con veinte lunas. En este punto, Nburu se despidió del pueblo que la había hospedado desinteresadamente, como ejerce una hija agradecida con sus progenitores, y continuó su viaje junto a Iferouane con la caravana de miles de existencias que buscaban las costas de Mauritania para alcanzar un objetivo común: Canarias. En el camino, se unían gentes venidas de otras direcciones formando un río humano que recorría el Sahel y del que con la vista no podían ser apreciados su desembocadura ni su nacimiento. La joven se maravillaba de lo grande de aquellas tierras y, sobre todo, de lo que por sí misma nunca pudo imaginar: la enorme cantidad de existencias que las cruzaban. Atravesaron Mauritania por su franja Sur, siguiendo la ribera del río Senegal, asegurando de este modo la provisión de agua y alimento a su vez que un clima más benigno aunque, por otro lado, debían evitar la cercanía a la vía férrea y a las ciudades para esquivar problemas con la policía. Nburu marcaba el paso con las directrices que imponían las necesidades de Iferouane, con lo cual tenía que parar varias veces al día para la alimentación y aseo del bebé. Esto hacía que su marcha fuese siempre con retraso con respecto al resto de la caravana lo que le impedía relacionarse prolongadamente con las mismas personas, y que para poder alimentarse

tuviera que ofrecerse a llevar alguna carga o ejercer algún trabajo a cambio de un plato de comida. Incluso hubo quien se lo ofreció sin exigir nada a cambio por la simple razón de observarla sola con su bebé. Aunque hubo también otras ocasiones en las que sólo llegaba a alimentarse de los frutos que podía recolectar en el camino trazado a su paso. Sus pechos se habían convertido en las vasijas de arcilla en las que en el pasado ella portara el agua del pozo; se erguían pavoneantes sabiéndose imprescindibles para Iferouane y manaban leche con abundancia logrando el crecimiento sano del bebé y protegiéndole de enfermedades. Con más lentitud pero igualmente, agotó las tierras en sentido oeste y se encaró con la mayor cuenca de sal que en su corta vida había nunca observado: el océano. Nburu, sin ni siquiera pensarlo, se zambulló con su hijo en el agua cristalina, salada y efervescente que, además, les mecía y les escupía a la arena. Arena tapizada por cientos de almas que aguardaban su turno para completar los huecos del siguiente cayuco y partir hacia tierras europeas idealizando una vida futura desprovista de penalidades. La travesía tenía un precio que afortunadamente para Nburu sólo debían pagar los adultos; los menores obtenían su tarjeta de embarque al paraíso gratuitamente. Así que, tanto ella como su bebé ocuparon espacio mínimo casi desapercibidamente junto a quince existencias más sobre el tablón-asiento del siguiente cayuco-taxi que viajaría en perpendicular a la costa hasta una milla de distancia. Allí les esperarían un cayuco nodriza, de unos diecisiete metros de eslora, cargado con entre siete y diez bidones de cincuenta litros de gasóleo y cuatro o cinco de agua, o al menos eso fue lo previsto...

Con un infinito monocromático azul en trescientos sesenta grados, el tierra era el color del recuerdo y del objetivo, de lo dejado atrás y del porvenir; era el color que no era pero se sabía sería. Era el pañol de la lírica en el estanque más oculto en la memoria de los huidos que contrarrestaba con el pañol azul dramático que a capricho se depositaba en la memoria de cada cual. Transcurrida la terna de jornadas establecida tras la cual deberían haber alcanzado al buque nodriza y no habiéndose consumado el encuentro, el agua potable comenzaba a agotarse y las fuerzas flaqueaban debido al sobreesfuerzo de remar. Las horas transcurrían como semanas y el ánimo derrotista comenzaba a hacer mella en los olvidados del mundo. Pero para la joven Nburu no existía la palabra desaliento: reflexionó tal como los adultos no hicieron. Todos los brazos eran necesarios para seguir remando por turnos pero no había agua para todos, quizás restara para tres personas dos días más. Se armó de valor, levantó su blusa y propuso todos calmaran su sed y fatiga con la leche de sus pechos y quedara el agua sólo para su propia sed que de entonces en adelante aumentaría. Todos asintieron sin palabras ya que se sentían incapaces de articularlas debido al agotamiento, y de tal modo se realizó. Mamaban por turnos de dos y, a continuación, remaban con ímpetu hasta el siguiente relevo. La producción de leche aumentaba y, gracias a ello, cada jornada eran mejor cubiertas las necesidades de cada uno, avivándose los ánimos y las esperanzas. Y lo llamaron Maná; y era como manjar de simiente de culantro, blanco, y su sabor como de hojuelas con miel... Ninguno volvió a soportar hambre ni sed, excepto Nburu que aunque no realizaba el esfuerzo de remar, se hallaba tan exhausta que, sintiéndose la muerte, pidió a una de las mujeres de la travesía se hiciera cargo de que Ife-

rouane pudiera alcanzar tierras europeas. Finalmente, en la madrugada de la jornada decimotercera, fueron divisados por una patrullera española que los auxilió y remolcó hasta tierras canarias de inmediato. Increíblemente, todos se hallaban en perfecto estado: lozanos, con brillo en la piel, sin síntomas de haber padecido trece días en alta mar carentes de agua y alimento. Todos excepto una adolescente inerte en la popa del cayuco que mostraba su existencia en un diminuto cuerpecillo enroscado tal como lagarto del desierto y a la que tuvieron que ingresar de inmediato con síncope causado por deshidratación y desnutrición. Nburu padeció durante doce días el trasiego de cruzar la delgada línea divisoria entre la vida y la muerte. Y cuando, finalmente, su existencia habitó en este lado y tuvo conocimiento de que Iferouane se encontraba en perfecto estado, se propuso a sí misma otro reto. Observó sus pechos y comprendió que debía hacer entender al resto que no entiende que la mujer es un Templo creado perfecto por la naturaleza para dar vida: quería hacer justicia por todas las Nasijas del mundo y, para ello, haría conocer su historia.

Rendida acabas el texto, abandonas tu cuerpo sobre la cama y duermes profundamente. Sueñas tu relato como semilla esparcida que crece en los cinco continentes. Resulta semilla germinadora porque florece innata a la esencia de Mujer. Y por más que alguien se empeñe en hacer desaparecer tu sombra, la afianzas y nadie puede arrebatársela. Porque tu sombra de Mujer es sombra de afirmación de vida latente en tu útero y en tus pechos que son los que soportan el sentido de existir. La muerte envidiosa en ocasiones quiere rondar fuera de tiempo pero se lo impides porque tú eres el máximo exponente de Vida, ahí radica tu poder de Mujer: eres “éhe” del mundo.

Más tarde, te despiertan unos besos sobre tu frente, abres los ojos y sonríes. Reconoces a tu hijo adulto y parecido a ti.

-Vamos, mamá, no seas perezosa que no son horas de estar durmiendo. Hoy te vienes a casa a pasar el día con tus nietos. Venga, te ayudo a ponerte los zapatos.

M^a VICTORIA PEÑA SALINAS

ESCALA DE GRISES

Modalidad mayores de 16 años
Primer Accésit de Publicación

M^a Victoria Peña nació en Málaga aunque actualmente reside en Gijón.

Estudió Filología Inglesa e imparte clases en secundaria. Ha escrito artículos en revistas especializadas y realizado diferentes traducciones. En cuanto al terreno de la narrativa es el segundo premio que obtiene y animada por este último reconocimiento espera poder dedicarle más tiempo de ahora en adelante.

El sol se veía incapaz ante las nubes, y éstas, envanecidas, arremetían contra todo aquello que se encontraba bajo su manto. Irene tiró del freno de mano y el coche se enrocó en el asfalto. Sólo entonces la joven se atrevió a cerrar la llave de contacto. Válvulas y bielas emitieron un último estertor, y el silencio se apoderó del habitáculo. Tras apoyar los brazos sobre el volante, por unos instantes se entretuvo mirando a través del parabrisas. Bajo la lluvia tozuda distinguió una veintena de casas que colgaban de los alcores, moldeando un rimerero de callejuelas que venían a morir a los pies del auto.

Irene agitó su cabello ensortijado. Los oídos aún le silbaban a causa de las cuestas enhiestas que había tenido que remontar. En la carretera apenas pudo contemplar el paisaje, abrupto y enervado, tratando de dominar a un coche obstinado en provocar a los barrancos. Ya habría tiempo de desandar los caminos, se dijo, de visitar las vegas, de asomarse a los precipicios. Ahora tenía que ocuparse de un asunto más apremiante.

Tras retocarse en el retrovisor, abrió la puerta y dejó que sus botas pisaran el empedrado. Al momento postigos y puertaventanas se abrieron y cerraron igual que alas de mari-

posa. Irene reprimió una sonrisa mientras se encajaba el gorro y la bufanda.

Corriendo para no calarse, sorteó los charcos que bebían de la lluvia hasta que alcanzó lo que parecía ser el lugar de encuentro: una cantina de paredes desconchadas en cuyo letrero, lacerado por el viento, en otro tiempo se podría leer el nombre del establecimiento. Tras la puerta, la eufonía de las fichas le evocó una escena tantas veces repetida. Irene respiró profundo, y se precipitó sobre la estancia.

Una hueste de campesinos jugaba animosamente una partida de dominó. De los ceniceros emanaba una niebla opalina, y olía a anís y a lejía. La joven cerró la puerta y mientras avanzaba hacia la barra se escuchó esa clase de silbido con la que algunos hombres pretenden reivindicarse. Irene se volvió, y sus ojos inconcusos hicieron que los jugadores volvieran a lo suyo.

Un cantinero enjuto y de manos nudosas ordenaba las botellas de licor por detrás de la barra. Al verla, una de ellas se le escapó de las manos y comenzó a tambalearse.

-Perdone –le interpeló la chica mientras observaba cómo la botella recuperaba el equilibrio–. Busco el hostel Ramiro. ¿Podría decirme en qué parte del pueblo se encuentra?

Ramiro recuperó la sonrisa.

-No hace falta que busque más, señorita. Está usted en él. Y no se deje engañar por las apariencias –se apresuró a puntualizar al ver la cara de circunstancias que ponía la muchacha–. A todos los clientes al principio les pasa lo mismo. Nadie se espera que la planta de arriba esté habilitada para albergar huéspedes. Ya verá cómo le gusta. Si es tan amable de decirme su nombre...

-Irene Basurto –respondió apoyándose en la barra. Estaba cansada, era tarde, y necesitaba urgentemente una ducha, de ahí que decidiera confiar plenamente en sus palabras–. Llamé hace unos días y me aseguraron que tenían habitación.

-Sí, Irene. Claro que lo recuerdo. No tenemos muchos visitantes por semana. El viernes esto se anima con los que vienen a los cotos, pero el resto de los días el pueblo está un poco parado. Si me deja el carné.

La joven le pasó el documento y tras esperar que Ramiro cumplimentara el formulario, le siguió escaleras arriba mientras las miradas de los parroquianos resbalaban por su espalda.

Al llegar al último peldaño Irene tuvo que parpadear para asegurarse de que se encontraba en el mismo lugar. El distribuidor contaba con seis puertas de roble macizo y las paredes estaban pintadas en un estucado pálido. La lámpara holandesa, el suelo de tarima; un conjunto que denotaba el esmero con el que habían decorado esa parte de la casa.

-Ésta es su habitación –apuntó el hombre sin levantar los ojos del suelo– Ha tenido usted suerte, es la más luminosa. Por cierto, ¿no trae equipaje?

-Ya lo creo. Tres maletas repletas. Están en el coche...

-Pues no se preocupe, si me da las llaves yo se las acerco.

-Mejor vamos juntos, que ya verá lo que pesan. Lo indispensable lo tengo aquí, en el bolso. Si le parece las subimos después de la cena.

-Lo que usted diga. Ya sabe dónde encontrarme.

Irene le dedicó una sonrisa de gratitud y cerró la puerta. Luego, dejó que sus ojos y sus manos patinaran a lo lar-

go de la habitación. Un armario de tres cuerpos, un tocador cuyo espejo le devolvió unas facciones en verdad hermosas, y dos mesitas de noche con cajones forrados de tela. Irene abrió su enorme bolso de cuero y en una de las mesitas colocó la foto de Claudia.

-Ni te imaginas lo que esto se parece a una casa de muñecas, hermanita.

Luego, se desabrochó las botas, y tras precipitarse sobre el colchón, porfió para que la imagen de Claudia jugueteara bajo sus párpados.

*

La niña apareció en el patio, trastabillando.

-¡Abuelita! ¿Puedo tomar un poco más de natillas? ¡Por favor!

Los rizos de oro se peleaban con el viento, y en su nariz traía una mácula de crema.

-De acuerdo, Ángela, pero sólo una cucharada, que son para la comida.

-Vale, abuelita —le respondió al tiempo que regresaba corriendo a la cocina. De repente, la niña se volvió, y en la distancia improvisó un beso—.

El cuerpo orondo de Herminia se estremeció.

La mujer escudriñó el vientre de las nubes y decidió retirar la colada antes de que las primeras gotas volvieran a empaparla. Le dolían cada vez más los huesos, y esa humedad recalcitrante no hacía más que empeorar las cosas, pero a estas alturas no podía permitirse ni un lamento. Especialmente hoy. Se había levantado con las primeras luces para llevar las vacas a la vega. A la vuelta recogió agua del pozo para lavarle a Ángela su melena rebelde, y, por último, preparó un pu-

chero de habas tiernas y las natillas que hacían las delicias de su nieta.

Al mediodía se arreglaron para ir a la iglesia.

-¡Haz el favor de no moverte hasta que te haya colocado el lazo! -le reprobaba la abuela mientras sus cabezas se reflejaban en el espejo-.

Herminia juzgó que la niña era la viva imagen de su madre. Sus mismos rizos, el hoyuelo en la barbilla y esos ojos del color de la hierba. ¡Si pudiera verla! Hacía más de tres meses que había partido en busca del futuro que el pueblo le negaba, y hasta que no consiguiera asentarse no se podía hacer cargo de la pequeña.

Salieron por la puerta prisioneras del paraguas. Herminia vigilaba atenta que la lluvia no estropeará el peinado de su nieta. Lo primero que hicieron al llegar a la iglesia fue encender un par de velas.

-Ésta por abuelito Eugenio, y ésta por mi mamá, para que le salgan bien las cosas y me lleve pronto con ella -susurró la niña-.

Herminia iba a decirle algo, pero el hilo de voz se le ahogó en la garganta. En ese momento apareció el sacerdote ante el altar. A la mujer no le hizo falta echar un vistazo para comprobar que ningún vecino se había acercado. Tampoco les culpó. Ya había pasado demasiado tiempo como para que se hubieran acordado. Precisamente hoy se cumplían cuatro años. Eugenio regresaba al pueblo en la furgoneta cuando una curva sin peralte le salió a su encuentro. El precipicio hizo el resto. La vida de Herminia se detuvo en ese instante, y sólo se reanudó cuando se hizo cargo de Ángela. Era una relación peculiar. La abuela se volcaba en el cuidado de su nieta, y ésta le insuflaba la vida que a la mujer se le escapaba

de las manos. Una forma de sociedad simbiótica donde las dos salían beneficiadas.

El sacerdote se volvió de espaldas, y al ver a sus feligresas les dedicó una sonrisa.

-En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

*

La alarma del móvil le puso sobre aviso. Tras silenciarla, Irene tardó unos instantes en recordar dónde estaba. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un sueño tan reparador. Después de ducharse, se dirigió a los pies de la cama donde descansaban las tres enormes maletas que la noche anterior Ramiro le había ayudado a subir. Abrió la primera y seleccionó los libros que se le antojaron esenciales. La mayoría eran tomos infantiles, cuidadosamente ilustrados. Entre ellos destacaba su preferido: *Hans, el escudero*, un cuento troquelado que le había regalado su hermana. Instintivamente sus ojos se volcaron sobre la foto. ¡La echaba tanto de menos!

Irene había sido hija única hasta los quince años. Siempre anheló el tener una hermana, y aunque sabía que era prácticamente imposible que su madre se volviese a quedar en estado, dentro de sí mantuvo viva la esperanza. Y finalmente el milagro sucedió. Sin embargo, no todo fueron parabienes: las retinas de Claudia nacieron yermas. Al contrario que sus padres, Irene no se vino abajo. Desde el primer día se convirtió en los ojos de su hermana, y a base de perseverancia y cuidados la niña creció feliz. Todas las noches antes de dormir Irene le contaba un cuento. Y paradójicamente fue un cuento lo que le cambió la vida. Ocurrió el día en el que el colegio de Claudia invitó a los familiares más cercanos a pasar una jornada en las aulas. En esa ocasión no fue Ire-

ne quien contó un cuento, sino Claudia y sus compañeros. Pero antes de empezar le pusieron una venda en los ojos y le dieron un libro en *Braille*, cuyas ilustraciones no destacaban por sus dibujos sino por sus texturas: suaves, rugosas, aterciopeladas. Querían que por unos minutos pudiera sentir su particular visión del mundo. Cegada por la venda, cuando Irene empezó a escuchar la dulce voz de su hermanita, no pudo reprimir las lágrimas. En ese momento descubrió que una historia sólo cumplía su propósito si de una manera u otra alguien te la acercaba. Por eso, años más tarde, nada más tuvo conocimiento del proyecto de la Consejería, no dudó en pedir una excedencia y apuntarse voluntaria.

Tras desayunar en la cantina, la joven comenzó a arrastrar un *trolley* cuyas ruedas crepitan sobre el empedrado. Entre el estrépito de las ruedas y la vaharada que salía de su boca, Irene recordaba un pequeño tren de mercancías. Una vez en la escuela repartió libros en las aulas, y prometió a los alumnos que durante el tiempo que ella estuviera, podrían tomar prestados todos cuantos quisieran. La última clase a la que acudió fue a la de Ángela, que al igual que sus compañeros aún no sabía leer, por lo que fue Irene quien leyó *Hans, el escudero* mientras los niños la escuchaban ensimismados.

Herminia estaba esperando a su nieta cuando vio cómo Irene salía tirando del *trolley*. La imagen de la joven la exacerbó. ¡Cómo era posible llevar unos vaqueros tan ajustados! ¡Y qué botas, Dios Santo!

Una vecina que venía a recoger a su hijo se situó a su lado.

-¿Se ha enterado, Herminia? Parece que la Consejería por fin se acuerda de este pueblo. ¡Ya era hora! -le dijo

mientras señalaba el libro que traía su hijo—. Durante una temporada van a poder leer todo cuanto quieran.

El que aquella joven despertara simpatías entre los vecinos a Herminia le incendió la sangre.

-Con las necesidades que tenemos en el campo, derrochar el dinero de esta forma. ¡No se les caerá la cara de vergüenza!

En éstas Ángela vino corriendo con un libro bajo el brazo.

-Abuelita, hoy ha venido una profesora muy guapa, y me ha dejado este libro para que me lo leas. Vamos a casa, ¡rápido!

Con un mohín de reproche, pero sin articular palabra, Herminia le abrochó el abrigo. Luego, comenzaron a caminar como si el tiempo no existiera y la vida fuese una sucesión de fotografías que algún ser mayestático gustaba coleccionar.

*

Aquella noche Ángela se mostraba más impaciente que de costumbre.

-Abuelita, ya es de noche y todavía no me has leído el cuento. ¿Cuándo vas a dejar de coser?

La imagen de Irene arrastrando su *trolley* volvió a ocupar la mente de Herminia. Tan joven, tan guapa, tan atrevida.

-Te he dicho que debo acabar esto para mañana. Siéntate ahí y mientras tanto te contaré una de mis historias.

-No, abuelita, quiero que me leas el cuento. ¡Por favor!

Su hija no era como esa joven, que caminaba exigiéndole al mundo que se postrara ante sus pies. Sus armas eran

otras: la honestidad, la entrega. Valores en desuso en una sociedad que sólo se miraba el ombligo.

-Pues si no te gustan mis historias súbete a la cama y a dormir.

-No me acostaré hasta que me lo hayas leído –le contestó Ángela en un arrebato de furia–.

Su hija luchaba en una ciudad extraña y a esa desvergonzada le regalaban un empleo. Nada cambia: los hombres se desarman ante las mujeres aviesas y a las prudentes les dan con la puerta en las narices.

-¡Yo te enseñaré a no contestar a tus mayores, mocosa! ¡Sube a tu cuarto inmediatamente!

Aquellos gritos, desconocidos en boca de su abuela, en verdad asustaron a la pequeña, y reprimiendo un puchero corrió a su habitación.

*

Aquellos libros supusieron un cisma en la pareja. Al acabar la escuela Ángela salía con un cuento bajo el brazo que nunca conseguía que su abuela le leyera. La mujer se ofrecía a contarle uno de tantos que de generación en generación habían satisfecho la curiosidad de los niños del pueblo, pero Ángela se empeñaba en que tenía que ser el que Irene le había prestado, y en ello ponía la misma vehemencia con la que la abuela se negaba.

Una tarde la niña salió con las manos vacías. Aunque estaba claro que Herminia odiaba los libros de Irene, lejos de aliviarla, aquello la alarmó.

-¿Hoy no te ha dado esa señorita ningún cuento?

-No se lo he pedido.

Las dos caminaban de la mano mientras la niña se hacía la distraída.

-¿Por qué?

Ángela se encogió de hombros. Tras un instante de titubeo, musitó:

-Me da vergüenza.

-¿Vergüenza de qué?

-En clase los demás niños repiten los cuentos que sus padres les leen por las noches...

Herminia sintió una púa que le rozaba el corazón. No quiso oír más.

Al día siguiente se presentó en el improvisado despacho que la dirección de la escuela le había habilitado a Irene. Desde el quicio de la puerta observó cómo la joven clasificaba sus libros en los anaqueles. Herminia carraspeó. Al verla, Irene sonrió.

-Usted es la abuela de Ángela, ¿verdad? Parece que me ha leído el pensamiento. Pero pase, por favor, no se quede ahí fuera.

Mientras Herminia entraba, notó que las piernas le temblaban.

-Precisamente quería hablarle de su nieta. No es importante, pero me preocupa...

-No sé leer.

-Perdone, no le entiendo...

-Que no sé leer. Ya lo ha oído. Por eso mi nieta no le pide cuentos, porque yo no se los leo. ¿Cómo voy a hacerlo? Es como si fuese ciega. -Herminia se derrumbó y empezó a llorar-.

Irene se acercó hasta ella y le ofreció su hombro. Cuando la creyó más calmada cogió su bolso, y de él extrajo una cartilla que dejó abierta sobre la mesa. Herminia se enjugó las lágrimas al tiempo que observaba esas parejas de letras que se

alineaban en columnas simétricas. Luego, levantó la cabeza en dirección a la joven. Sus ojos, húmedos pero serenos, le hicieron ver que estaba dispuesta.

–Fin–

BELINDA RODRÍGUEZ ARROCHA

DIARIO DE NANNERL

*Modalidad Mayores de 16 años
Segundo Accésit de Publicación*

Belinda Rodríguez Arrocha, nació en Arrecife, Lanzarote en 1979; es licenciada en Derecho por la Universidad de La Laguna. Actualmente está finalizando su tesis doctoral en el área de Historia del Derecho del Departamento de Disciplinas Jurídicas Básicas y cursa estudios en la licenciatura de Historia. Ha publicado varios artículos en revistas especializadas y capítulos de libros, fruto de sus investigaciones en líneas temáticas como la Justicia en el Antiguo Régimen, la Historia del Derecho español en el siglo XIX o la Historia de Lanzarote en el siglo XVIII.

Ha recibido el Premio de Investigación Histórica “Prebendado Pacheco” (2008) y el Premio de Estudios Jurídicos “Tomás y Valiente” de la Universidad de La Laguna (2008).

En el ámbito de la creación literaria ha escrito novelas cortas, obras de teatro, guiones cinematográficos, relatos y poemarios. Es coautora de los libros de relatos *Hilvanés* (2006), *Fricciones* (2007) y *Lunatic@s* (2005).

En Poesía ha obtenido, entre otros premios, el 1º del Certamen “Ciudad de Tacoronte” (2005), el 2º de “Cruz Arte” (2005), el 2º del Congreso “Democracia y Pluralismo Social” (La Laguna, 2006) o el 1º del “Almendro en Flor” (Gran Canaria, 2006).

En Narrativa breve ha recibido galardones como el 1º de Relato Breve “Día del Libro” de la Universidad de La Laguna (2004), el 1º de Relato “Cide Hamete Benengeli” de la Universidad de Alcalá de Henares (2008), el 1º de Relato Corto “Cruz Arte” (2009), el 1º de Relato “Mujer” de San Miguel de Abona (2006), el 2º de Relato “Ciudad de Tacoronte” (2008), el 2º de Relato “Ciudad de Tacoronte” (2005), el Accésit de Relato Corto “Cruz Arte” (2006), el 1º de Cuentos de Navidad “Villa de los Realejos” (2006), el 2º de Cuentos de Navidad “Villa de la Orotava” (2006), el 2º de Cuentos “Letras Líricas de Santiago” (2005), etc.

*Il capro e la capretta
son sempre in amistà,
l'agnello all'agnelletta
la guerra mai non fa.
Le piu' feroci belve
per selve e per campagne
lascian le lor compagne
in pace e libertà.
Sol noi povere femmine
che tanto amiam questi uomini,
trattate siam dai perfidi
ognor con crudeltà!*

(Aria de Marcellina del Acto IV
de las *Bodas de Figaro* de Mozart)

En una mañana invernal lejana en el tiempo me hallaba curioseando en la tienda de un anticuario ubicada en la pequeña ciudad de Siena, movida sobre todo por el propósito de dejar divagar libremente mis ojos entre los recipientes de latón y las marinas ejecutadas a lo largo del siglo XVIII. No pretendía en absoluto adquirir ningún objeto costoso, no sólo porque mis recursos económicos eran de una escasez apabullante, sino también porque me parecía absurda la coexistencia en una misma estancia de muebles baratos de fabricación reciente con taburetes de la época de Cervantes o con viejos ornamentos de estuco. La atracción por los resquicios de las centurias pasadas me movía por aquel entonces a visitar este tipo de establecimientos, como quien en una biblioteca toma un libro cualquiera de una estantería y lo hojea

simplemente para vislumbrar el estilo del autor y no con la inmediata intención de leerlo en su totalidad. ¡Cuál no sería mi sorpresa al hallar en una mesita situada en un rincón un cuaderno de escaso grosor que resultó ser uno de los diarios escritos por Maria Anna Mozart, hermana del celeberrimo compositor! Dado que siempre había tenido curiosidad por la trayectoria vital de este personaje femenino y puesto que concurría en aquella ocasión la prosaica circunstancia de que el diario tenía un precio realmente razonable, decidí comprarlo.

Paulatinamente, a medida que estudiaba con mayor detenimiento la lengua alemana, pude desentrañar el contenido de aquellas hojas redactadas con pulcros caracteres. Lo que a continuación presento a la imprenta, es pues, la traducción abordada por mí misma de uno de sus apartados, no sin haber emborronado antes decenas de folios con erróneas interpretaciones del documento original. No he podido averiguar en absoluto la razón por la que este pequeño tesoro se encontraba en una localidad tan distante del lugar en el que tuvo lugar la muerte de su propietaria original. Sí puedo afirmar que el texto escogido es, sin lugar a dudas, el más interesante de todo el diario, dado el interés de las ideas expresadas en él por la autora austriaca.

Reflexiones de Nannerl

Salzburgo, 7 de noviembre de 1720.

En la mañana de hoy revisé el estado de conservación de la pequeña colección de instrumentos que he ido atesorando con el paso del tiempo, como si fueran monedas que

me fueran a proveer de un remedio que impidiera el avance de una mortífera enfermedad. El mero roce de las yemas de mis dedos artríticos sobre la superficie del clavicordio o de los violines ha despertado en mí recuerdos luminosos y amargos a la vez sobre mis primeros años de vida: alegres en cuanto la música estuvo tan presente entre las actividades que realicé de niña, tristes en cuanto supusieron una menor valoración de mis capacidades en atención a mi pertenencia al género femenino. Mi mocedad y mi madurez estuvieron casi siempre sumidas en las sombras, como si unas amenazadoras nubes que presagiaran tormentas hubieran cubierto para siempre los restantes días de mi existencia. Entregada a las exigencias que el caprichoso pensamiento imperante me imponía por haber nacido mujer, no dispuse, desventurada de mí, del tiempo necesario para componer una ópera o una grandiosa sinfonía. En estos días, cuando ya he me estoy adentrando en el invierno de mi vida y la enfermedad que cruelmente me golpea ha hecho que cada vez me sea más difícil distinguir los contornos de los vetustos muebles con los que trato de burlar el vacío de mi hogar, he reflexionado sobre mis días pasados, permitiendo que me agujonearan los recuerdos que conservo sobre mis padres, mi hermano Wolfgang y el resto de personas que determinaron el rumbo de mi existencia. Una acuciante necesidad de alejar de mí todo recuerdo me hace plasmar por escrito las circunstancias recordadas, como si esta exteriorización fuera la manera de burlar la frustración sentida por no haber acometido todas aquellas empresas que me fueron negadas desde la juventud.

Mi padre, Leopold Mozart, se había caracterizado desde sus años mozos por su inmenso amor hacia el estudio. No en vano, el latín y el griego no llegaron a presentar misterios

para él. Hablaba lenguas extranjeras como el francés, italiano e inglés, cuyos conocimientos había reforzado sobre todo a raíz de nuestros viajes por el continente europeo. Poseía además conocimientos de historia, de matemáticas, geometría, física, química, mineralogía, biología y astronomía. Estaba, por lo demás, interesado en las nuevas corrientes de pensamiento que, procedentes sobre todo de Inglaterra y de Francia estaban convulsionando el panorama ideológico europeo. En este sentido, siempre me sorprendió que no temiera la animadversión que reyes, arzobispos o nobles pudieran sentir contra él por las ideas que parecía compartir con los más osados pensadores de la época. No obstante, puede afirmarse que actuó de forma muy prudente, ya que volcó casi todos sus esfuerzos no en la redacción de opúsculos sediciosos, sino en el perfeccionamiento de los vigentes métodos de aprendizaje musical. Yo apenas era una niña de muy corta edad cuando él terminó su *Ensayo de una fundamental Enseñanza del Violín*, publicado en Augsburgo en 1756 y que incluso fue traducido a idiomas como el neerlandés, el francés o el ruso.

Al igual que mi madre, no dejó nunca de considerar el origen divino del mundo y mostró un cierto desdén hacia los descubrimientos defendidos desde disciplinas científicas como la Física.

Pese a que fui bautizada en Salzburgo con el nombre de Maria Anna, en casa no tardaron en llamarme con el apelativo cariñoso de Nannerl, y fui, junto con Wolfgang, la única superviviente de las siete criaturas concebidas por mis padres. Aún recuerdo el día que nació mi hermano compositor, pese a que apenas contaría unos cuatro o cinco años. Su diminuto rostro enrojecido parecía demostrar su disconformidad por haber abandonado el seno materno, y sus frágiles

manos parecían sentirse defraudadas por hallar tanto espacio libre a su alrededor.

De entre los juegos infantiles compartidos tan sólo recuerdo el ejercicio en el *Bözlzleschiessen*, una modalidad de tiro al blanco sumamente divertida. En las tardes estivales tuvimos por compañeros a los hijos de Hagenauer, el médico de cámara del obispado principesco Barisani, y a los hijos del cirujano de la corte Gilowsky von Urazowa. Precisamente, la hija de este último, Maria Anna Catarina, a la que llamábamos afectuosamente Katherl, fue, junto a Ursula Hagenauer, una de mis mejores amigas.

Empero, el ocio tuvo una ínfima importancia en nuestra infancia y dedicamos la mayor parte del día a la adquisición de conocimientos, pese a que ni Wolfgang ni yo asistimos a la escuela. Huelga decir que mi pertenencia al sexo femenino impedía que yo pudiera recibir alguna vez lecciones en un liceo o en una facultad. A muy temprana edad nuestro padre nos inició en la lectura, la escritura y el cálculo. Contaría yo apenas con siete años, allá por el año de 1758, cuando comenzó a impartirme clases de piano, pero dejaría transcurrir un año antes de entregarme un libro de partituras que hacía las veces de cuaderno de ejercicios. Este pequeño volumen contenía piezas para piano escritas por mi propio padre y por otros compositores. Su importante labor en la creación musical se vería con el paso del tiempo eclipsada por las composiciones de su hijo y ya prácticamente nadie lo recuerda como el ingenioso compositor que fue.

Todos llegarían a comentar que mi hermano, con sólo cuatro años, dio tan vivas muestras de interés por el instrumento que me veía tocar, que propició que nuestro progenitor comenzara también a enseñarle. Nadie pareció reparar,

sin embargo, en que yo ya mostraba un mayor dominio del teclado que muchas amistades de mi familia llegadas a la edad adulta. En nuestra vivienda familiar, yo les veía tocar con mayor o menor pericia los diversos instrumentos musicales, ya que mi padre gustaba mucho de la organización de conciertos domésticos con los colegas de la orquesta de la Corte. Para su fortuna, en el año 1757 había sido nombrado compositor de corte y de cámara por el que fue su principal benefactor en vida, el arzobispo y príncipe conde Schrattenbach. Debido a las funciones inherentes a este cargo, desarrollaba sus servicios en ámbitos tan variados como los templos, la corte, el teatro, las festividades, las ceremonias de corte civil y las procesiones. En 1763 alcanzó el tan anhelado puesto de vicemaestro de capilla en la corte de Salzburgo. Sin embargo, nunca llegó a cumplir su sueño de ocupar la plaza de primer director de orquesta.

Jamás dudaría en afirmar que la fuente de conocimientos más importante para mí estuvo constituida por los viajes que en los años de la niñez hice en compañía de mi progenitor y de mi hermano. En efecto, a comienzos de 1762 comenzamos una prolongada temporada de visitas a diferentes países europeos. Aún recuerdo aquella gélida mañana del doce de enero, cuando partimos a Munich, previo permiso otorgado por el generoso Schrattenbach a nuestro padre. No he de dejar de hacer mención a la similar magnanimidad del canónigo de Salzburgo Willibald, conde de Waldburg en Wolfegg Waldsee, que supuso un punto de apoyo indiscutible a la hora de establecer contactos con importantes dignatarios en el extranjero.

En la primera fase de nuestro recorrido tuvimos la oportunidad de interpretar música nada más y nada menos

que para el príncipe elector de Baviera Maximiliano III José, que a la sazón contaba con unos cuarenta años; era sumamente habilidoso en la composición musical y en la interpretación de hermosas melodías con su preciada viola de gamba.

Nada más arribar la estación otoñal partimos en dirección a Viena, realizando un agotador periplo en coche de caballos y en barco por Passau, Linz, Mauthausen, Ybbs y Stein an der Donau. Finalmente llegaríamos a comienzos de octubre a la gran urbe por vía fluvial y en un barco de correos. ¡Qué dichosos tiempos para el arte operístico! Casualmente aquel año Gluck estrenaba en la ciudad Orfeo y Eurídice, un hermosísimo elogio al mítico personaje capaz de borrar de un plumazo los malos sentimientos con tan sólo el bello sonido de su cítara, amén de constituir una obra renovadora de la ópera europea.

Dimos una demostración pianística en el palacio de Schönbrunn, ante Maria Theresa, el emperador Francisco I y la archiduquesa Maria Antonia Josepha, Johanna de Austria-Lothringen, que con el tiempo llegaría a convertirse en María Antonieta de Francia. Una prueba de nuestra pericia como pequeños intérpretes fue dada en la primavera de 1763 por el diario *Augsburger Intelligenz-Zettel*, que daba noticia de lo que parecía un hecho milagroso más que una demostración de esforzada disciplina por parte de dos personas de tan tierna edad. Por aquel entonces ya habíamos regresado a nuestro Salzburgo.

En los siguientes tres años y medio viajamos intensamente por las grandes urbes de París y Londres, densamente pobladas y sedientas de espectáculos capaces de deslumbrar al ánimo más taciturno. En la capital inglesa tocamos en un

mismo piano a cuatro manos, no sin antes poner un pañuelo sobre las teclas para asombrar aún más a nuestros atentos oyentes. El diario *The Public Advertiser* narraba este acontecimiento en el verano de 1765, como si se tratara del fenómeno cultural más asombroso de cuantos hubieran tenido lugar en la ciudad bañada por el Támesis. Para llegar a Inglaterra habíamos embarcado en Calais para tomar la dirección de Dover. En la gigantesca isla permanecemos durante 15 meses. Nuestra fama era de tal grado que llegamos a ser recibidos en la corte del Queens Palace, ubicada en torno al Saint James Park. Demostramos nuestra refinada maestría ante el rey Jorge III y la reina Sophie Charlotte, unos monarcas que dejaron una impronta agradable en mi memoria por su carácter amistoso y cordial y por la elegancia de su protocolo. Ello no fue óbice para que ofreciéramos también cuatro conciertos públicos, en los que debíamos tocar a cuatro manos en el Hickford's Great Room de la Brewer Street. Nuestro padre cobraba las entradas y simulaba que contábamos aún con menos años, como si ofreciera un espectáculo circense más que una velada musical. Entonces Wolfgang debía tener unos ocho o nueve años y yo unos trece.

Un afable diplomático holandés en Londres, de nombre Jan Walraad, nos invitó durante nuestra larga estancia a conocer Holanda. Aceptando su propuesta, no tardamos en viajar hasta Lieja, y desde allí nos dirigimos a enclaves como Gante, Amberes, Rotterdam y La Haya. Ante la desesperación de mi padre, allí enfermé de un tifus estomacal, dolencia que me hizo padecer una fiebre muy alta y un catarro severo, menguando mi natural constitución. Me aplicaron en vano sangrías por prescripción médica, pero como mi estado de salud no mejoraba recibí la comunión y la extremaunción,

hallándome en un estado de delirio permanente. La naturaleza, sin embargo, fue generosa conmigo y con mis menguadas fuerzas y dispuso mi recuperación, cuando ya había perdido la oportunidad de participar en los primeros conciertos dados por mi hermano en el palacio de los Orange.

En tierras germánicas demostraríamos también nuestro talento, como en Augsburgo, donde dimos tres conciertos públicos en el estío. En Schwetzingen, donde tenía su residencia de verano el príncipe elector del Palatinado Kark Theodor, ofrecimos una velada musical. En Heidelberg, Mannheim, Worms, Mainz y Frankfurt mostramos nuestras habilidades ante príncipes electores y duques. Empapándonos de otros conocimientos artísticos, visitábamos los palacios, residencias, teatros de comedias, iglesias, pinacotecas y las fábricas de tapices y sedas.

Proseguimos nuestro periplo hasta llegar a ciudades como Lieja y Bruselas, donde permanecimos cuatro semanas y pudimos contemplar las obras de los pintores holandeses, además de dar conciertos públicos. Después continuamos nuestro viaje, ya llegado otra vez el otoño con sus vestidos de hojas crepitantes, por Mons, Valenciennes, Cambrai, Bonnavis, Péronne, Gournay sur Aronde, Senlis y París, ciudad en la que permanecimos durante cinco meses. Allí contamos con el auxilio del barón von Grimm, un literato, periodista, crítico y diplomático bautizado como Friedrich Melchior. Permanecimos rodeados de la suntuosidad de Versalles durante unas dos semanas, para más tarde dirigirnos a Lyon y a Dijon y visitar también Ginebra, Berna y Zurich.

A lo largo de tan prolongado viaje recibimos múltiples presentes. Si Wolfgang llegaría a ser obsequiado con una daga, siendo considerado un hombrecito de talento, a mí fueron

destinadas prendas de vestir, encajes y un traje de ceremonia de tafetán y brocado blanco, con guarniciones hechas totalmente a mano. La diferenciación de los regalos suponía en el fondo una insistencia en la distinta consideración que tenía la demostración pública de nuestro talento. Si a mi hermano pequeño se le auguraba una entrada en la juventud llena de éxitos, de mí se esperaba un afortunado matrimonio una vez hubiera alcanzado la edad núbil. Cuando más adelante, en el mes de diciembre de 1769, mi padre y Wolfgang emprendieron su primer viaje a Italia, yo fui compelida a permanecer en nuestro hogar junto a mi madre, en espera de las cartas llegadas desde el país meridional. A partir de entonces mis demostraciones como aclamada pianista quedaron relegadas a la vida privada.

Una vez finalizado mi desarrollo físico, acontecerían escasos momentos trascendentales para mí. Desafortunadamente mi madre, Maria Anna, enfermó gravemente y falleció durante un viaje a París, en 1778, ciudad a la que había ido en compañía de mi hermano. A mí me había dejado al cargo del hogar durante su ausencia.

Mostré cierto interés por Franz Armand d'Ippold, director del aristocrático Collegium Virgilianum de Salzburgo que fue íntimo amigo de Wolfgang. Pero a esta boda se opuso mi progenitor, que no dudó en hacer uso de su prerrogativa de veto paterno. Finalmente ejerció su autoridad para que me casara en 1784 con Johann Baptist, barón de Berchtold zu Sonneburg, viudo dos veces y padre de cinco hijos. La principal razón de la elección de mi padre se debía a que el novio era el máximo dignatario de la administración y de la justicia en el tribunal de San Gilgen y disfrutaba de una posición estable y segura. Con ocasión del enlace pagó a mi

padre una dote en 500 florines, “in praemium virginitatis”. El enlace duró diecisiete años y en su transcurso tuvimos dos hijas y un hijo. Aún conservo mi retrato al óleo realizado por el pintor Joseph Lange tras la celebración de mi boda, en 1785, en el que luzco un artificioso peinado que da a mi cabeza el aspecto de una gigantesca torre.

Mi hermano me aconsejaba, en las semanas anteriores a la celebración de las nupcias, que soportara los brotes de mal humor y de ira de mi esposo, aunque no me creyera merecedora de ellos. Con su peculiar jocosidad me aseguraba que los otros deberes del matrimonio, no serían, sin embargo, tan difíciles de cumplir. Entristecida, reflexionaba sobre las obligaciones que mi familia me imponía sin que mi propia voluntad fuera determinante en mis días futuros.

En los años posteriores a la boda mi padre nos enviaba bacalao curado, chocolate y limones. Ya entonces se había distanciado de Wolfgang, al que con frecuente desdén se refería en las cartas que me enviaba como “tu hermano”. Quizás esta circunstancia llevó a nuestro padre a consolarse tanto con mi primer hijo y único superviviente a las enfermedades infantiles, Leopold. Sin embargo me llegó a referir muy orgulloso que Haydn, en el transcurso de una velada de música de cámara, le había expresado su admiración por mi hermano.

Mi padre regresaría muy enfermo a Salzburgo a comienzos de 1787 y no me quedó más remedio que acudir a atenderlo en su enfermedad, hasta que falleció, según diagnosticó el doctor que lo atendió en su agonía, a causa de una obturación del bazo. Compungidos, lo despedimos en el cementerio de San Sebastián de la pequeña ciudad. Después de esta grave pérdida hubo ciertas diferencias entre Wolfgang y yo por los escasos bienes relictos, enfriándose nuestra re-

lación e interrumpiéndose en los meses siguientes nuestra correspondencia por carta. Por otra parte, yo nunca estuve del todo de acuerdo con la celebración de su boda con Constanza Weber, cuya familia de origen se mostraba muy amiga del despilfarro.

Cuando mi marido falleció abandoné nuestro domicilio en San Gilgen y regresé a mi querida Salzburgo, donde he trabajado como profesora de piano hasta tiempos muy recientes. Sin lugar a dudas el acontecimiento más alegre que he vivido en los últimos años ha sido la reciente visita que hice a mi sobrino Franz Xaver, que habiendo entrado ya en la edad adulta, muestra un amor por el piano muy similar al que tuvo su padre, al que realmente nunca perdí el cariño fraternal, pese a sus irritantes y frecuentes muestras de su pueril personalidad.

Si por un golpe de la casualidad alguna joven se encontrara con este diario en sus manos y leyera su contenido, tendrá la certeza de que la felicidad ha de ser hallada en la consecución de los propios objetivos, y no en el mero cumplimiento de las acciones que cuenten con el beneplácito de las personas que la rodean. Habrá de rebelarse contra los prejuicios vigentes que relegan a un plano inferior la condición femenina. Mis propias vivencias constituyen un ejemplo válido de una existencia hueca y alejada de la consecución de los sueños que tuve desde mis primeros años de vida. En la ancianidad vivo relegada al olvido, puesto que nadie recuerda mi maestría en la interpretación musical, e intuyo que muy pocas personas valorarán tras mi muerte las capacidades de las que hice alarde en mi infancia ante diversas cortes europeas. No tendrán en cuenta que mi hermano pedía mis consejos sobre composición en su juventud, llegándome a enviar las

partituras con sus composiciones para piano. A lo sumo, injustamente, considerarán mi antiguo talento un bello adorno que rodeó el recuerdo de mi persona, como los flecos dorados que dotan de suntuosidad el respaldo de una silla dispuesta en el rincón de una estancia.

ROSARIO ACOSTA NIEVA

UN LISTÓN PARA SU PELO

*Modalidad Mayores de 16 años
Tercer Accésit de Publicación*

Rosario Acosta Nieva, nació en Córdoba, Veracruz (México) en 1964.

La Doctora Rosario Acosta Nieva es arqueóloga. Al finalizar su licenciatura, trabajó varios años como investigadora en la Universidad de Guadalajara en México, institución que le otorgó una beca para continuar su formación académica en Francia. Obtuvo un doctorado (tesis publicada por *British Archaeological Reports*) en Arqueología en la Sorbona en París, donde radica actualmente. Además de seguir su trabajo de investigadora, ha publicado numerosos artículos en revistas francesas, científicas y de divulgación, como *Ulysse*, *L'archéologue*, *La Science au présent* y *Universalía de l'Encyclopaedia Universalis*. Colabora regularmente con el *Bulletin Critique du Livre en Français*, en el que se ocupa principalmente de la recensión de las obras españolas y latinoamericanas traducidas al francés y publicadas en Francia y Bélgica.

Ha obtenido varios premios entre ellos el primer premio en los concursos *Filando Cuentos de Mujer 2005* (Langreo, Asturias) con su relato "Chepina", *Contam Dona 2008* (Catarroja, Valencia) con "Una solución lógica" y *Valentín Andrés 2009* con "Dromedarios de Palma coloreada". Es también autora de dos novelas inéditas "En otras latitudes", dirigida principalmente al público infantil, y "Taco de camembert", en francés, sobre la experiencia de la inmigración en Francia.

Actualmente combina su trabajo de traductora con la preparación de la novela "Triste mi calavera".

*“Todo empezó con una flor que yo recogí del suelo,
para ponerla en su pelo y nos reímos los dos.
Todo empezó con una flor, una flor para su pelo,
una flor que desde el suelo subió a ganar el amor”*

(Alberto Cortez)

Yno, no fue una flor, pero la historia comenzó más o menos igual.

-Oye, se te cayó un listón –le dije, mientras corría tras ella–.

Chiquita, negra y descalza, pasó junto a mí, y aunque apenas pude verla, su roce me sacó de las preocupaciones algebraicas en que me hundían mis estudios de ingeniería. Era la primera vez que me cruzaba con un personaje así en el pasillo que lleva a la cafetería.

-Pónmelo –me ordenó sin siquiera mirarme–.

La obedecí, deseando que mis cuates no me vieran peinando a una niña. Pero ellos, ni locos se hubieran metido al baño de mujeres, y yo, sin darme cuenta, ya estaba hasta el fondo. Me dio susto pensar que el viejerío encuerado empezara a gritar al verme. Ocupadas con sus faldas, huipiles y colgijes, ni caso me hicieron. Quería salir rápido, y en mi apuración le encajé el moño de tan mala manera, que todo el peinado se desbarató. Se volvió hacia mí furiosa por el jalón y retrocedí asustado.

No esperaba encontrarme con esos ojos de capulín. Sin conciencia cabal de lo que me pasaba, entendí por instinto que su manera de mirar arrastraría mi voluntad al fondo de sus caprichos. Me ahogué en la sensación con la que mi

cuerpo responde al peligro: el estómago emigró a la garganta, dejando en el vientre un hoyo negro que aspiró mi cordura. Nunca volví a ser como antes.

Todavía cacheteado por la impresión, caminé un buen rato para sosegarme y tratar de convencerme que esa aparición no tenía nada de excepcional, que era una muchacha morfológicamente banal, morena y chaparra, como muchas en el mundo. No funcionó. Veinte minutos después seguía perturbado, sintiendo que el suelo escapaba de mis suelas.

Supe que participaba en un desfile de trajes regionales organizado por los antropólogos y decidí asistir para demostrarme que lo que sentí al verla era sólo producto de mis angustias trigonométricas. Desmadejado por la emoción, corrí al edificio de ingeniería en busca de refuerzos. Hubiera sido suicida llegar solo a un evento organizado por nuestros principales depredadores.

Los ingenieros considerábamos a los antropólogos como elefantes rosas, producto de la borrachera de algún bromista que los introdujo en nuestro microcosmos sin verificar que cuadraran en el contexto.

Estudiamos en una universidad privada con edificios de estilo colonial, rodeados de jardines floridos y lagos refrescantes. Este universo protegido está poblado por hijos de políticos que compran autos deportivos con el dinero de los impuestos, vástagos torcidos de rancio linaje que se casan entre ellos desde el siglo dieciocho, y uno que otro becado, inteligente y pobre, al que una fundación le paga los estudios. Yo pertenezco a la categoría de los torcidos, no crean que soy tan pendejo como para no saber donde me ubica mi condición.

La apariencia es lo único que esta variada fauna tiene en común. No, no nos vestimos iguales, ni que fuéramos chi-

nos comunistas. Nos creemos sofisticados porque nuestros jeans son de marcas prestigiosas y no de imitaciones cortadas con las patas, las camisetas a juego son cien por ciento de algodón, los mocasines que calzamos son de piel y no de plástico. En ese contexto, los antropólogos, greñudos, colorientos y chancludos, francamente desentonan.

Los alumnos de las otras las carreras convivimos en relativa armonía, pero no nos mezclamos con ellos. Viven aislados y no parece importarles. Están orgullosos de no revolverse con el resto, pero resultan tan elitistas y prejuiciosos como nosotros. Los muy pedantes se creen intelectuales porque leyeron 'Tristes Trópicos' y analizan todo comportamiento humano como bicho en microscopio, sin darse cuenta que son tan estudiables como el resto. Si nosotros los miramos con burlona condescendencia, ellos nos desprecian por incultos. Nos encontramos en los extremos opuestos de la cadena universitaria.

Invité a Tino, Pipo y El Babas, pero fue inútil, nadie quería acompañarme. Mis argumentos sobre la estética vernácula no podían convencer a tres como ellos, y si no fuera por ella, ni a uno como yo. ¿Que cómo somos? Fuimos educados sólo en la superficie. Entendemos mal nuestra historia; del territorio nacional sólo visitamos las playas de moda, pero eso sí, conocemos de memoria Disneylandia. Nunca pusimos un pie en el museo de antropología, aunque hayamos visitado el Louvre a paso de caballería para presumir de conocer la Gioconda. Como crecimos entre Bob Esponja y Friends, todo lo que tenga tinte de folclor nacional carece de glamour para nosotros.

Agotados mis recursos lógicos, tuve que confesarles que lo que en verdad me interesaba era volver a verla.

-¿Que te gustó una antropóloga? –preguntaba Pipo, soliviantado por mi despropósito–.

-¡No la chinges! pero si son bien cuachalotas. –Decía Tino acentuando su expresión despectiva–.

-¿Y de que especie es esa que quieres ver? ¿de las que usan faldotas de monja y chanclas de Franciscano, o de las que se cuelgan baratijas hasta en la nariz?– ironizaba El Babas con su tonillo de ‘niño bien’–.

También tenemos en común esa forma de hablar. Articulamos como si tuviéramos un chicloso en la boca y usamos un sonsonete ondulante que convierte cualquier frase en pregunta exagerada. No se de dónde sacamos ese ritmo aberrante, ni mis papás, ni los de Pipo o Tino hablan así. Creo que de puro perdidos que estamos, tuvimos que construirnos una identidad falsa que sirviera para reconocernos entre nosotros.

No supe que responder. En realidad había visto a la antropóloga menos de dos minutos, y disfrazada. Vestida normalmente talvez resultaría tan estafalaria como sus colegas.

Después de rogarles durante media hora, aceptaron sin entusiasmo. En el camino a la cafetería encontramos a Cristina y a Mayte, dos aprendices de psicólogo muy interesadas en la moda, aunque fuera campirana. Ellas sí son representativas de la población femenina de la universidad. Lo primero que llama la atención es que no habiendo parentesco alguno entre ellas, tengan exactamente el mismo color de cabello: un rubio Claudia Schiffer, tan uniforme que resulta artificial y absurdamente nórdico en un país mestizo. Usan unos jeans con reflejos iridiscentes y unas blusas bien chistosas, todas llenas de tiras de tela, que según me dijo Mayte, cuestan una

fortuna porque son obras exclusivas de un diseñador italiano. Sus zapatos miden como diez centímetros de alto y tienen un número de hebillas tan imposible como los colores de sus lentes para sol.

Cuando llegamos, el desfile ya había empezado. Yo no ponía atención en el origen de los trajes, ni en la descripción de los textiles, ni en la técnica de los bordados, ni en la elaboración de los peinados, ni en lo apropiado de las joyas, y hasta la modelo se volvía agua cuando descubría que no era ella. Por fin salió con su traje de Tzotzil y entendí porqué me gustaba más allá de lo razonable. Caminaba descalza sobre dos piecitos minúsculos y delgaditos que no parecían asentarse bien a bien en el suelo. Llevaba un enredo negro hasta el tobillo, detenido por una cinta multicolor que marcaba una cintura diminuta. La blusa blanca bordada estaba en buena parte oculta por una capita rosa. Alguien había reparado el desastre que ocasioné, pues llevaba el pelo, casi azul de tan negro, recogido en dos trenzas perfectas.

Nuevamente sus ojos me capturaron, y me sentí aún más atraído que antes por su andar flexible y por esa manera suya de balancear los brazos con ritmo marino. Una tormenta de flashes la iluminó y supe que no era su único admirador. Un grupo de fotógrafos la ametrallaba con sus cámaras voluminosas y lentudas.

Verde de envidia, Cristina se apresuró a informarme que de ninguna manera se trataba de profesionales.

-Todos esos son amigos de sus hermanos que acaban de salir de la clase de Foto II. -Y añadió con desdén:- Igual y hasta se están aprovechando de ella para hacer sus tareas porque a veces les encargan retratos de personajes originales. ¿Verdad que se ve bien chistosa?

¿Para qué querrían tantos hombres tener una foto de ella? Tal vez porque como yo, estaban bajo su hechizo. La idea de una competencia tan nutrida no me gustaba. Yo tenía menos probabilidades que los otros, pues ni siquiera pertenecía a su círculo.

Hice gala de una simpatía de animador de televisión para interrogar a sus amigos y conocer más sobre su persona: estudiaba el séptimo semestre de antropología, venía de la costa, tenía veintidós años y dos hermanos mayores. Venciendo sus prejuicios y los míos, logré entrar a su banda.

Al principio viví muy contento. Sólo mirarla era un gusto. A pesar de su cuerpo de niño, sus senos de limón y sus caderas de patineta, aunque se vistiera con botas de militar y camisas de leñador, aún si se paseaba con su navaja de trampero ajustada al cinturón de cuero, sus gestos tenían una sensualidad de la que las otras carecían.

Después, descubrí que no sólo me gustaba mirarla, también disfrutaba escuchándola. Sabía un montón de cosas y yo era un ignorante. Atrapaba mi atención construyendo con las trivialidades cotidianas, relatos divertidos en los que se burlaba de sí misma. Soñadora de gran capacidad, coleccionaba imágenes, personajes, situaciones, y con ellos poblaba un universo interior, complejo y cerrado, en el que se aislaba cuando los demás la aburrían. Si se le vaciaba la mirada y enmudecía en medio de una discusión, yo sabía que ya no estaba con nosotros aunque su cuerpo siguiera allí. Se volvía entonces inaccesible, y era difícil traerla de regreso a mi mundo.

Los cuatro años de diferencia entre nosotros estaban en mi contra. Mientras yo sólo sabía resolver ecuaciones de tercer grado, ella se comía la vida a mordidas. No era rígida,

ni cuadrada como algunos pseudos intelectuales de su medio; ella pensaba con la misma flexibilidad con la que caminaba. Sólo ella era capaz de cantar arias en italiano con tanto entusiasmo como los narco-corridos de moda. Apreciaba a Pasolini, pero no tenía empacho en afirmar que su película favorita era Tarzán de Disney. Le encantaban las enchiladas y los frijoles en las fondas del mercado, pero no los volvía reivindicación nacionalista, pues apreciaba con igual gusto el *foie-gras truffé de Chez Germain*.

Poco a poco le fui interesando, creo que la conmovió mi evidente devoción. Empezamos a salir juntos sin que mediara ninguna declaración amorosa de mi parte, pues nada tenía que declararle que ella no supiera. Tampoco hubo acuerdo, ni escrito, ni oral, ni tácito, para iniciar nuestra relación. Una vez repuesto de la sorpresa de que me hubiera aceptado, nadé en la más pura felicidad.

La acompañé a todos lados: a sus trabajos de campo, a sus viajes de estudios, a las veladas de la noche de muertos, a la misa de bendición de los animales, a la fiesta del café y a la del huipil. En cinco meses de seguirla aprendí más que en todos mis años en escuelas privadas. Había crecido tan protegido que no tenía idea del olor de la vida a cincuenta kilómetros de mi mundo de oropel.

Todavía no me repongo de la impresión que me causó la visita a las vecindades de los barrios viejos de mi ciudad. Los antropólogos participaban en un proyecto para la mejora de la vivienda estatal, y tuve la peregrina idea de proponerme también como encuestador sin estar preparado para lo que vería. Las casas antiguas con patio interior, corredores y arcos, se habían transformado en refugio ruinoso para varias familias que malvivían en cada una de las que antes eran

las recámaras. Por falta de lugar en los cuartos, el patio era la extensión natural de la viviendas. Los hombres se rasuraban en la puerta de sus casas, frente a espejos descarapelados, bajo un bosque de tendederos que, impúdicos, enarbolaban los harapos del diario. Mientras los chiquillos se bañaban en los lavaderos y corrían, encuerados y moquientos, entre las macetas de lata y los perros sarnosos, las señoras limpiaban los frijoles, aprovechando la luz exterior, pues el interior de ventanas tapiadas se iluminaba con solo un foco. Este gentío compartía una regadera instalada en un cuartucho destartado y cochambroso, y los dos únicos inodoros eran una inmundicia de mierda y moscas a cielo abierto.

Cada vez que terminaba una encuesta me ardía la piel y quería chillar a gritos. Regresaba a mi casa con un cierto dolor de desollado, y la impresión de haber tragado una piedra. No fui el único raspado con la experiencia. Hasta los antropólogos perdieron el habla, y eso que están más acostumbrados que yo a la pobreza.

La importancia que me atribuía disminuyó a fuerza de visitar comunidades perdidas en las montañas a las que llegábamos subidos en los techos de camiones desvencijados, compartiendo el espacio con cerdos y pollos porque nunca había suficiente lugar en la cabina. Antes de eso, creía que sólo en la India se viajaba así. Nadie me dijo que podía hacerlo sin necesidad de salir de mi país.

Gracias a ella incrementé mi resistencia gástrica. Traté de imitarla cuando aceptaba con gracia, comía con entusiasmo y digería con naturalidad, tamales con todo tipo de rellenos, chicharrones, narices, orejas y cola de cerdo en salsas de diversos colores, tacos de testículos de toro y tetas de vaca, tripas de quien sabe que mamífero, y hasta tostados insectos

de ojos saltones. Yo, que crecí comiendo sandwiches de pan blanco con jamón de pavo y tomando agua de botella envasada al pie de un manantial alpino, tenía que pasar por días de ayuno completo antes de reponerme de esas salvajes aventuras. Con el tiempo, me hice tan correoso como ella y aprendí a aceptar la generosa hospitalidad de gente que no tenía ni zapatos. Era difícil no sentirse culpable cuando nos invitaban a su mesa a consumir las economías de todo un año. Ella intentaba entenderlos, se adaptaba con una sorprendente capacidad de mimetismo, sin afectación y sin esa mirada de piedad evidente en los otros. Utilizaba su lenguaje, ayudaba a echar tortillas, jugaba con los chiquillos costrosos de mugre, tomaba aguardiente con los hombres, lavaba en el río con las señoras. Y yo no hacía más que quererla y compartirla.

*“Había otro y otra flor, otra flor para su pelo,
otra flor que desde el suelo subió a ganar mi dolor”*
(Alberto Cortez, otra vez)

Por ese tiempo se comentaba que ella era amante de un antropólogo renegrado con brazos de cargador, piernas de futbolista y pelos ensortijados, al que apodaban “El Trípode”, por las descomunales dimensiones de su masculinidad. Ilusamente supuse que dejaría de frecuentarlo, o que sería más discreta por respeto a mi amor impoluto. No conté con su espíritu polígamo. Encontraba tan normal salir con ambos, que no me atreví a reclamarle nada. Si lo hacía, me mandaría directamente a la mierda, y yo sin ella perdería hasta las ganas de comer.

Agonicé de celos y, durante un tiempo, mi imaginación acicateada por la cólera, montaba complicados andamios de

venganza contra los dos miserables. No entendía como un ser tan excepcional como ella podía copular con semejante ordinario. No soportaba tener que compartirla con él. Con él y con su acento costeño, con su morral de yute, con sus camisas de poliéster, con su reloj de padrote... con él y con su gran pija. Ahí se encontraba la respuesta. Desgraciadamente, yo no contaba con armas suficientes, las dimensiones de la mía son tristemente normales.

Movido por la curiosidad, también me hice cuate del Trípode y me llevó una sorpresa. Efectivamente, es un burdo: no tiene coche, viene de un pueblo de pescadores que no aparece en el mapa, nunca ha viajado al extranjero –ni siquiera a California–, no sabe esquiar en el agua y mucho menos en la nieve –que ni conoce–, no ha oído hablar de los *fjords* de Noruega y probablemente no los visitará nunca. Pero todas esas limitaciones las compensa con una alarmante bonhomía, un acorazado buen humor, una generosidad tenaz que no encuentra límites ni en sus finanzas cojas, pues cuando un amigo necesita de su ayuda saca recursos de debajo de las piedras o se hunde con él.

Lo que empezó como un figoneo malsano, se volvió amistad. Con el tiempo, a nadie en la universidad le extrañaba vernos juntos esperando a que ella saliera de clases. Formábamos un trío perfecto y dejé de preguntarme a donde nos llevaría este juego que estaba en boca de todos. Ya no me daba gusto que cuando la vieran conmigo supusieran que le pintaba el cuerno al Trípode, y tampoco me importaba que cuando estuviera con él, pensarán que el mancornado era yo.

Pasábamos horas hablando de ella, poniendo en palabras nuestra obstinada necesidad de verla a diario, la angustia

de que se nos escapara, aunque nunca la hubiéramos atrapado, y la certidumbre de que no nos pertenecía, siendo nosotros de su propiedad. Tratábamos torpemente de entender porqué secundábamos sus planes descabellados, porqué nos plegábamos de buena gana a su voluntad, y porqué, después de ella, las demás nos parecían desabridas. Nuestro diario psicoanálisis nos llevó a la conclusión de que éramos esclavos, y mientras mejor lo aceptáramos, menos sufriríamos, pues la libertad sin ella sería peor que esta dependencia.

Abandoné poco a poco a los ingenieros. Ya no iba de fin de semana a la casa de campo de Tino, ni pasaba el año nuevo en la playa con Pipo, no me iba a esquiar a Vail en febrero con El Babas, ni salía a bailar los jueves por la noche con Mayte y Cristina. Cada vez me parecían más lejanos, más irreales, y menos amigos. Empecé a sentir una cierta conmiseración por su inconsciencia que otorga una importancia desmedida a la marca de los zapatos y de los coches, sin advertir siquiera que alrededor de nosotros la gente carece de los primeros, y ni en sueños tendrá los segundos. Me di cuenta que ya no tenía qué decirles, que nos habíamos vuelto extraños, pues una especie de pared transparente nos separaba. Yo soy otro, y ellos siguen siendo los mismos. Ni siquiera puedo despreciarlos porque yo fui como ellos hasta hace unos meses.

Pero esta nueva conciencia no me hace sentir mejor. Al contrario, todo lo que antes gozaba con descaro, ahora me produce culpabilidad. Por más que trato de convencerme de que mi familia ha trabajado duro para que yo viva bien, me siento chiquito en mi casa, me veo ridículo manejando un auto que yo no gané, estoy incómodo vistiendo ropa de anuncio publicitario, me enfermo comiendo productos de

importación. Me encuentro feo frente al espejo. Vivo en la contradicción, no dejo de usar mis privilegios, pero tampoco disfruto de ellos. El único amigo que me queda es el Trípode, pues la confusión me convirtió en este absurdo híbrido de matemático social del que se burlan los ingenieros, y al que los antropólogos no acaban de aceptar.

Y todo ¿para qué? para que el día de su graduación me dejara esperándola tres horas bajo el sol junto al Trípode con sus pelos engomados, su ropa de domingo, sus calcetines blancos y sus zapatos nuevos, hasta que sus hermanos nos avisaran que ella se había largado a un safari fotográfico en la selva, porque le aburren esas ceremonias de porquería.

Ya la perdonamos. Esta tarde vamos a buscarla a la estación de autobuses. En cambio, Mayte y Cristina la detestan más que antes porque fueron ellas las que, pacientemente, nos curaron al Trípode y a mí de la inmunda borrachera que agarramos por la pura angustia de encontrarnos sin ella.

NURIA CALVO FLORES

SECRETOS QUE DUELEN

*Modalidad Mayores de 16 años
Cuarto Accésit de Publicación*

Nuria Calvo Flores nació en Salamanca, aunque ha vivido en León la mayor parte de su vida.

Es licenciada en Económicas por la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de Valladolid y en la actualidad es profesora de Economía en el I.E.S Arroyo de la Miel, en Málaga.

La literatura infantil es una de sus grandes aficiones, siempre influida por la obra de Hans Christian Andersen, aunque también experimenta con otros géneros como el relato breve, el ensayo o la poesía, por los que ha resultado galardonada en varios certámenes.

Como educadora y como mujer, siempre ha tenido un especial interés por transmitir valores que fomenten la igualdad y la coeducación. Destacan por ello sus relatos publicados y galardonados en los certámenes convocados por los Ayuntamientos de Benalmádena y Osuna con motivo del Día Internacional de la Mujer en 2007 y 2008 respectivamente.

Hacía medio año que Claudia se había marchado de la pequeña localidad en la que se crió para trasladarse por motivos de trabajo a una gran ciudad lejos de allí.

Los que la conocían no entendían por qué, de la noche a la mañana, hizo una maleta con sus cosas y se marchó sin decir adiós. Ese mismo año había terminado sus estudios de administración con éxito, lo que la había apartado de su pandilla con la que apenas salía para quedarse a estudiar en casa. La Claudia de ahora no era tan diferente de aquella chica asustada que se marchó al amanecer por mucho que se esforzase en parecer diferente.

Esa mañana era fiesta local y no tenía que acercarse a la oficina, por lo que había aprovechado para hacer recados en la capital, donde residía. Había ido al banco, hecho la compra y se dirigía al último de los destinos apuntados en su escueta lista de tareas, aunque jamás habría podido olvidarlo.

Había pasado toda la noche en blanco decidiendo qué contar a su madre en la primera carta después de seis meses ¿Qué pensaría de ella? ¿Creería tal vez que la había olvidado? Siempre hubo un vínculo muy fuerte con su madre y le dolía en lo más profundo pensar que pudiera haberse roto con su repentina marcha.

En apenas cuatro hojas había tratado de expresarle sus sentimientos sin tener muy claro lo que quería y se atrevía a expresar.

Absorta en sus pensamientos se encontró frente a la inmensa oficina de correos que se le antojaba fría e impersonal. Entró con resolución y sacó número mientras esperaba su turno en las ventanillas de “envíos”.

Media hora y catorce números después se acercó a la ventanilla que gestionaba una mujer madura de forma rápida. Ella esperaba no enturbiar su productividad pues apenas calculaba dos minutos para pedir un sello y enviar la carta.

-*Buenos días* –dijo Claudia mientras la funcionaria sonreía de forma ensayada–. *Quería un sello para esta carta.*

-*¿Normal o certificada?*

-*Normal supongo* –Contestó sin demasiada resolución–.

-*Son treinta y dos céntimos, por favor.* –Contestó la empleada pegando el adhesivo correspondiente en la carta y esperando el importe antes de guardarla en la saca–.

-*Aquí tiene, muchas gracias.*

-*¡Espere!* –Claudia ya había recorrido un par de metros cuando la mujer del mostrador la llamó– *Ha olvidado usted indicar el remite.*

-*Ya, bueno, es que preferiría que no apareciese ningún remite...* –Contestó ella agachando la cabeza–.

-*Mire* – La sonrisa de aquella mujer se había tornado más sincera al ver los ojos llorosos de la muchacha–, *es obligatorio que usted ponga una dirección si quiere que le envíe la carta desde aquí, pero si la carta llega a su destino nadie va a ir a comprobar si el remite que usted pone es o no es el correcto*

¿Me entiende? –Preguntó la mujer con un guiño de complicidad–.

-De acuerdo –Contestó cuando Claudia terminó de escribir una dirección improvisada– *pues en un par de días calculo que llegue su carta. Buenos días.*

Cuando salió a la contaminada avenida respiró profundamente como si saliera de un lugar con un aire mucho más viciado todavía.

Varias paradas de autobús después llegó hasta su casa y cerró la puerta de un portazo. Parecía increíble que algo tan cotidiano como aquello se le hubiera hecho tan cuesta arriba después de seis meses.

Sobre la mesa de IKEA de su apartamento alquilado todavía se encontraba el borrador de la carta que acababa de enviar. No contenta de lo perfecto del contenido y de su mensaje se decidió a releerla.

Hola Mamá ¿Cómo estás? hace bastante tiempo que no nos vemos y quería decirte que todo me va muy bien en mi nuevo trabajo. Esta mañana le dije a mi anterior jefe un par de verdades que hasta ahora no me había atrevido a decir, aun no sé por qué no se lo había dicho antes porque me he quedado relajadísima.

Ahora trabajo en una oficina, aunque no sé si eso ya lo sabías porque me encontré con tu amiga Lourdes ayer y me estuvo poniendo al día de tus cosas y también me contó que estaba sola, sin apoyo de la familia, y que necesitaba empezar de cero porque todos no habían entendido su año sabático de vacaciones por ahí ¡qué suerte!- mientras sabían lo que pasaba.

En la oficina hay mucho trabajo y con frecuencia me toca salir a hacer recados. Ayer me fui muy rápidamente y pareció que no quería dar explicaciones a nadie, pero es que llegó un fax que tenía que enviar por correo certificado en 5 minutos (¡casi no llego!) y es más complicado de lo que parece explicarme cuando me siento tan presionada. Al final llegué a correos y todo arreglado.

¿Cómo están mis hermanos? Lo mismo se han olvidado de su hermana la mayor, como están en plena adolescencia imagino que sólo pensarán en chicas y en salir por ahí con amigos. Ahora me verán de una forma diferente, estoy segura, no sé si entenderán que cuando ellos dejen de estudiar estarán liados como yo y que es bueno que no vayan a abandonar los sueños por los que uno lucha toda una vida, como les dije tantas veces, por un par de faldas. Que a mí también me gustaba salir de marcha al principio y que ha sido más duro de lo que yo pensaba.

*¿Cuándo empiezan el curso? Imagino que a mediados de septiembre, dentro de poco. Cuando se gradúen estaré muy orgullosa, no creo que pueda asistir pero los veré trajeados y formales en las fotos que me mandes. Guardo las fotos en una caja grande, escondida, para que nadie pueda verme.
¡Ya sabes que no me gusta que vean mis fotos de cuando era pequeña...!*

¿Y tú cómo estás? Dejarte atrás ha sido lo que más me ha dolido, lo sabes, pero ya no aparecen oportunidades de trabajo como la que ha surgido y tenía unas ganas que no podía aguantar más. He querido contarte muchas cosas este tiempo que no te he escrito pero con mis nuevos amigos y mi nueva vida ha sido todo muy rápido, muchas fiestas durante todos estos meses pasados. Supongo que te mereces una explicación de por qué ya no contesto al teléfono pero es que me lo robaron cuando lo dejé en un probador y me marché sin mirar atrás. No es un comportamiento normal por mi parte porque suelo ser muy cuidadosa con mis cosas, pero estaba entusiasmada con las rebajas. Ya no lo entiendo ni siquiera yo.

Las tiendas aquí son fabulosas, hay grandes almacenes que son auténticos museos. Recuerdo cuando mis amigas del pueblo me decían que me tenía que callar y no se hablaba bien gente de la ciudad, que era una remilgada y una pija. Que un traje no debía llamar la atención. Me alegro de no haberles hecho caso.

Ahora soy una orgullosa chica emancipada. Antes en casa me sentía un poco parásito aunque no me haya atrevido a decírtelo nunca por miedo, la verdad es que abusaba de tu hospitalidad. Yo aprovechaba para estudiar mucho y que estuviera orgulloso mi mi padre de mí cada vez que volvía a casa y me encontraba. Esos fueron los días más felices de mi vida. Me da pena pensar, sin embargo, que a veces enfadada te dije cosas horribles, y me he arrepentido mucho jurándome que nunca más volvería a pasar porque una madre no se merece que su hija le conteste de esa manera, por lo que debo y tengo que hacer algo para evitarlo. Creo que al marcharme os puedo demostrar lo bien que me habéis educado, como me valgo por mí misma y que ahora ya hago bien las cosas que no estaban bien.

Por ahora no tengo novio pero estoy conociendo a mucha gente, aunque en realidad no estoy buscando a alguien en quien confiar, porque los nuevos amigos que tengo son geniales, puedo confiarles mis más profundos secretos o hablar también de cosas muy intrascendentes y vanales. Tú siempre fuiste mi mejor amiga pero no puedo contarte los detalles tontos de las bromas que lío porque estás lejos, a mis amigas les explico los motivos reales, por qué hago lo que hago. Siempre se me pone una cara muy seria pero luego me parto de risa porque los chistes me hacen a mí gracia antes que a ellas e incluso se me caen las lágrimas.

En la próxima carta ya te contaré alguna batallita para que también te rías un poco. Te alegrará saber que he recuperado el buen humor aunque hay cosas que todavía no entiendo, supongo que el sentido del humor en cada ciudad es algo diferente y a mí no me hacen gracia. La gente dice que soy bastante reservada pero eso es que no conocen mi forma de ser, ahora que me he integrado la gente es muy agradable y solidaria con mis problemas.

Tal y como te describo mi trabajo te darás cuenta de que estoy muy integrada aquí.

Bueno Mamá, te contaría miles de millones de cosas pero ya sabes que siempre tengo cosas que hacer. Cuando pienso en que tengo que limpiar a fondo la casa es que me da miedo. Pensar en todas estas cosas es lo último que necesito ahora que vivo sola, pues lo más fácil sería contratar a alguien que se ocupase de la limpieza, pero ese gasto se me hace muy duro. Ojalá estuvieras aquí para darme consejos, me siento perdida llevando sola una casa por primera vez, seguro que Papá y tú queréis que vuelva a casa pero no puedo volver.

Espero que te haya gustado mi carta. Parece frívola pero dice más de lo que parece. Tú siempre has sabido leer cada una de mis palabras e interpretarlas y verás que ahora valoro mucho los días en vuestra casa, Mamá, pero que me he hecho mayor y ya no necesito tu ayuda. Papá siempre ha pensado que soy su niña y quiero demostrarle mi independencia. Dile de broma al peque que ahora que ha invadido mi habitación le odio profundamente. Ahora vivo en el lugar donde siempre he dicho que quería estar, y mi habitación es más grande y más bonita que la suya, aunque si quiere venir a jugar sabréis donde encontrarme.

Dales recuerdos de mi parte a mis amigas si las ves por el barrio, a Papá un abrazo, dales a mis hermanos un beso enorme y a ti todo mi cariño.

Cuando terminó de releer la carta le pareció demasiado larga, demasiado simple y demasiado complicada. Se desanimó al pensar que no lograría que su madre la entendiera al leerla y lloró en el sofá hasta quedarse dormida.

Una semana más tarde la rutina casi había hecho olvidar a Claudia su carta. Terminó de trabajar y salió algo más tarde cuando hubo terminado todo el trabajo pendiente, como acostumbraba, y se dirigió hacia el ascensor.

Cuando salió de la oficina en dirección al parking escuchó una voz muy familiar a sus espaldas.

-¡Hija...!

Apenas tuvo tiempo de girarse cuando vio a su madre acercarse a ella con los brazos abiertos y apretarla con mucha dulzura mientras ambas lloraban.

-¡Mamá! ¿Cómo me has encontrado?

-Al principio no comprendí tu carta. Confieso que me alegré al leer que eras feliz pero no entendí tu carta porque no era la forma de expresarte que sueles tener tú. He leído esa carta muchas veces, hija, hasta que una de ellas comprendí el mensaje que habías querido dejarme cuando por error me salté una línea y me di cuenta de que el verdadero mensaje se encontraba escondido en las líneas impares.

Claudia bajó la vista avergonzada.

-No te avergüences, mi vida. Soy yo la que debería haberme dado cuenta del horror que me explicas en tu carta, de la incomprensión de los demás, del dolor de tu silencio y del verdadero motivo de tu marcha.

Quiero que sepas que ya nadie va a volver a hacerte daño. Tus hermanos están con tu tía Raquel estos días que he estado buscándote y he llevado el caso a los tribunales.

Sólo quiero pensar que no es demasiado tarde. Que en esas líneas impares que escondiste en tu carta, todavía queda algo de la confianza en algún momento perdimos y que lucharé por recuperar.

Recuerdo cómo decías de pequeña que siempre querías vivir en esta ciudad y por aquí empecé a buscarte. He recorrido todas las gestorías hasta que hoy me han confirmado cuando llamé, que trabajabas aquí. Llevó esperándote más de dos horas, pero no sabía como te tomarías el verme...

Y rompió a llorar en los brazos de Claudia mientras estrujaba en su puño la carta que hacía apenas unos días le llegó, con el nombre de su hija que escribía desde la “calle de la libertad”.

**ACTA DEL FALLO DEL JURADO
IX CERTAMEN DE RELATOS BREVES
«MUJERES»**

Reunido el Jurado del IX Certamen de Relatos Breves “Mujeres”, el día 10 de noviembre de dos mil nueve, a las dieciocho horas en la Calle Francisco de Aguilar y Aguilar s/n (Centro Municipal de la Mujer), presidido por D^a Ángela Mena Muñoz y actuando como vocales D^a Elica Ramos Hernández, D^a Ana María Hernández, D. Ernesto Gil López y D. Gonzalo Ortega Ojeda y como secretaria D^a Ana Belén Crespo Rivera quieren hacer constar lo siguiente:

Que tras una cuidadosa deliberación y por UNANIMIDAD, acuerdan conceder los siguientes premios:

Modalidad 12 A 15 Años :

PRIMER PREMIO:

Título: “Cuando Las Ranas Críen Pelo”

Autora: Ana M^a de La Torre Bermúdez

SEGUNDO PREMIO:

Título: “La Goma de Borrarr”

Autora: Pilar Azcárate de Gómez

Modalidad Mayores de 16 años :

PRIMER PREMIO:

Título: “El Templo del Maná”

Autora: Carmen Marina Rodríguez Santana

Primer Accésit de Publicación:

Título: “Escala de Grises”

Autora: M^a Victoria Peña Salinas

Segundo Accésit de Publicación:

Título: “Diario de Nannerl”

Autora: Belinda Rodríguez Arrocha

Tercer Accésit De Publicación:

Título: “Un listón para su pelo”

Autora: Rosario Acosta Nieva

Cuarto Accésit de Publicación:

Título: “Secretos que duelen”

Autora: Nuria Calvo Flores

Y siendo las 20 horas del día diez de noviembre de dos mil nueve, se levanta la sesión de todo lo cual, como Secretaria, doy fe.



EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE SANTA CRUZ DE TENERIFE

CONSEJO MUNICIPAL
DE LA MUJER

